



SÖREN KIERKEGAARD

Trabajados y Cargados

(Ejercitación del Cristianismo, I Parte)

PRIMERA PARTE

VENID A MI TODOS LOS QUE ESTEIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARE

PARA DESPERTAMIENTO E INTERIORIZACION

procul, o procul, este profani

INVOCACION

Ciertamente se han cumplido ya dieciocho siglos desde que Jesucristo anduvo por la tierra; pero éste no es de ninguna manera un suceso como los demás sucesos, los cuales primeramente en cuanto pasados entran en la historia y, entonces, en cuanto ya hace mucho tiempo que pasaron caen en el olvido. No, su presencia aquí en la tierra jamás es algo pasado, y así tampoco es algo más y más lejanamente acontecido -en el caso de que haya fe sobre la tierra, pues si no la hay, en ese mismísimo instante empieza a hacer mucho tiempo que El vivió-. Por el contrario, tan pronto como se da un creyente, éste debe en cuanto tal -de otro modo nunca se habría convertido en creyente- haber sido siempre y permanecer tan contemporáneo con su presencia como lo fueron aquellos contemporáneos; esta contemporaneidad es la condición de la fe, y dicho con mayor exactitud, es la fe misma.

Señor Jesucristo, concédenos que nosotros también seamos contemporáneos contigo, que te veamos en tu auténtica figura y en el contorno real, como cuando cruzaste por el mundo; no en la figura en que te tiene deformado una representación vacua y que no dice nada o irreflexivo-fantástica, o histórico-gárrula, que no es la figura de la humillación en la que te contempla el creyente, ni puede ser en modo alguno la de la majestad (...)

VENID A MI TODOS LOS QUE ESTEIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARE

¡Oh, maravilla!; maravilloso que Aquél que tiene que traer el auxilio sea precisamente quien diga: venid acá. ¡Qué amor! Ya es amoroso -cuando se puede ayudar- ayudar al que ruega el auxilio; pero incluso ofrecer el auxilio. ¡Y ofrecérselo a todos! Sí, y cabalmente a todos los que no podrían ser ayudados de nuevo. Ofrecérselo no, proclamarlo a los cuatro vientos, como si el auxiliador mismo necesitase de la ayuda, como si El que desea y puede ayudar a todos fuese El mismo en cierto sentido un necesitado, que siente esta necesidad, y en tanto necesita ayudar, necesita a los que sufren para ayudarlos.

1

“¡Venid acá! -Desde luego, no hay nada de admirable cuando alguien que está en peligro, quizá, en inminente y monumental peligro, clama: ¡venid acá! Ni tampoco hay nada de maravilloso en que un curandero grite: ¡venid, yo curo todas las enfermedades!; ¡ah!, pues en el caso del curandero es muy cierto el embuste de que es el médico el que necesita de los 90 enfermos. “Venid todos los que podéis pagar cara la curación -o, en todo caso, las medicinas-; aquí hay medicina para quienquiera -que pueda pagarla-; ¡venid acá, venid!”

Mas otra cosa acontece cuando el que puede ayudar ha de ser buscado; y cuando se le ha encontrado es quizá reacio a que se entable diálogo con él; y cuando se ha logrado sacarle palabra se hace de rogar quizá por mucho tiempo; y cuando se le ha rogado durante mucho tiempo se empieza a poner en movimiento quizá con muchísima parsimonia, con lo que se hace encarecido; y a veces precisamente cuando no quiere cobrar nada o renuncia al estipendio, es ello solamente una expresión del encarecimiento ilimitado en que se instala. Por el contrario, Aquél que se entregó se entrega también ahora, es El mismo quien busca a los que tienen necesidad de auxilio, es El mismo quien da vueltas en rededor y llamando casi de rodillas, dice: ¡venid acá!. El, el único que puede ayudar y ayudar con lo único necesario, que libera de la única enfermedad verdaderamente mortal, El no espera a que alguien venga a El, viene por su propia iniciativa, sin ser llamado -ya que es El quien llama al que le tiene ofrecida la ayuda-, ¡y qué ayuda! Ciertamente, aquel sabio sencillo de la antigüedad tenía razón que le sobraba -como la mayoría, al hacer lo contrario, tienen de sinrazón- cuando no se encarecía a sí mismo ni encarecía su enseñanza, aunque en otro sentido también de este modo demostraba con noble arrogancia la incompatibilidad de estos valores. Pero con todo no estaba tan amorosamente preocupado que invitase a alguien a acercarse a él, y ello seguramente -no sé cómo decirlo de pronto, si:- a pesar de..., o porque no estaba plenamente cierto de lo que su ayuda podía significar; puesto que cuanto más cierto esté uno de que su ayuda es la única, mayor motivo tiene, hablando humanamente, para encarecerla, y cuanto menos cierto esté mayor motivo para hacer algo a pesar de todo, ofreciendo su posible ayuda con la máxima presteza. Mas quien se llama a sí mismo el Salvador y sabe que lo es, dice preocupado: venid.

“Venid todos!”.-¡Maravilla! Ya que alguien, que en definitiva no puede ayudar quizá ni siquiera a uno solo, se llene la boca de palabras vacías e invite a todos, no tiene, desde luego -dado lo que los hombres realmente son- nada de maravilloso. Mas cuando se está plenamente seguro de que se puede ayudar y, por otra parte, se está dispuesto a ayudar, y dispuesto a emplear todo su tiempo de esta manera y a costa de cualquier sacrificio: en este caso se acostumbra a hacer todavía una salvedad: la de elegir. Por muy dispuesto que se esté no se desea con todo ayudar a cualquiera, uno no quiere entregarse de esta manera. Mas Aquél, el único que puede ayudar de verdad y en verdad puede ayudarlos a todos, por lo tanto el único que de verdad puede invitar a todos. Aquél no pone absolutamente ninguna condición, sino que dice también estas palabras que desde el principio del mundo le estaban como destinadas: venid todos. ¡Oh sacrificio humano!, incluso allí donde eres más bello y noble, donde te admiramos máximamente, es preciso que añadas todavía una oblación más. a saber: que sacrifiques toda determinación del propio yo, de suerte que en la disposición a socorrer ya no se dé ni la más mínima predilección. ¡Qué amor!, no hacer de esta manera ninguna apreciación de sí mismo, olvidarse completamente de sí mismo, de tal modo que el que Ayuda queda plenamente ciego para ver al que es socorrido, conociendo con exactitud infinita que tiene enfrente a uno que sufre, quienquiera que sea; querer tan incondicionalmente socorrer a todos -¡ay, tan distinto de todos en eso!

“¡Venid a mi!”.-¡Maravilla! Ciertamente la humana compasión hace también solícita algo por los que están atribulados y cargados; se da de comer a los hambrientos, se viste a los desnudos, se entregan dulces regalos, se fundan dulces instituciones, y si la compasión es más íntima se visita con gusto a los atribulados y cargados. Pero invitarlos a que vengan a casa de uno mismo, eso sí que no; pues entonces habría que modificar toda la instalación de la casa y el propio tren de vida. No puede conciliarse el vivir en la abundancia o simplemente en la dicha y en la alegría, con el estar viviendo y cohabitando todos los días y en las diarias circunstancias con los pobres y desgraciados, con aquellos que están atribulados y cargados. Para poder invitarlos se tiene que

vivir del mismo modo que ellos, pobre como los pobrÍsimos, considerado insignificante como el más humilde del pueblo, familiarizado con el cuidado y la tribulación de la vida, completamente inmerso en las mismas circunstancias de aquellos a quienes invita, que son los atribulados y cargados. Cuando se desea invitar al que sufre, ni se deben cambiar las circunstancias propias para igualarlas con las del que sufre, ni tampoco las del que sufre para enrasarlas con las propias; pues en otro caso la diferencia sería precisamente mucho -mayor en virtud del contraste. Y si se pretende invitar a todos los que sufren (pues con uno solo puede hacerse una excepción, cambiando su situación), ello solamente puede lograrse de una manera, es decir, cambiando la propia situación con la suya, si es que ello ya no estaba dispuesto así desde el principio, como es el caso de Aquél, que dice: Venid a mí todos los que estáis atribulados y cargados. Lo dice El, y los que vivían con El vieron y ven que no se da en su modo de vida lo más mínimo que lo contradiga. Su vida expresa eso con la callada y sincera elocuencia de los hechos, aunque jamás hubiese pronunciado estas palabras, su vida expresa: - venid a mí todos los que estáis atribulados y cargados. El mantiene su palabra, o El es su palabra, El es lo que dice, también en este sentido es El la Palabra.

“Todos los que estáis, atribulados y cargados’.-¡Maravilla! Lo único que le preocupa es que pudiera haber un solo atribulado y cargado que no oyera esta invitación; que pudieran venir una caterva, eso no lo teme. ¡Oh, donde hay amplitud de corazón, hay siempre sitio! ; y ¿en dónde habría amplitud de corazón, si no es en su corazón? Como cada individuo quiera entender la invitación, se lo deja El a cada individuo; El tiene su conciencia libre, El ha invitado a todos los que están atribulados y cargados.

Pero ¿qué significa estar atribulado y cargado? ¿Por qué no lo esclarece un poco más para que se pueda saber con precisión a quién se dirige? ¿Por qué es tan parco en palabras? ¡Oh, tú mezquino, El es tan parco en palabras para no ser mezquino; tú estrecho de corazón, El es tan parco en palabras para no ser estrecho de corazón!; en esto consiste cabalmente el amor (ya que el “amor “ es hacia todos, en evitar que ni siquiera uno sólo pudiera angustiarse devanándose los sesos acerca de si estaría él también entre los invitadas. Y quien pudiera requerir una determinación más precisa, no debiera ser un egoÍsta, haciéndose todos

Determinación más precisa, no debiera ser un egoÍsta, haciéndose la cuenta de que esa determinación se acomodaba especialmente a él como anillo al dedo, sin pensar que cuantas más de estas determinaciones más y más aproximativas se diesen, tendría que darse inevitablemente un mayor número de individuos para quienes sería más y más indeterminado el hecho de estar invitados. ¡Oh hombre, cómo mira tu ojo solamente a lo que es propio egoÍsmo, cómo es tan malo, porque El es bueno! La invitación para todos abre los brazos del que invita, y así permanece El como un símbolo eterno; tan pronto como aparecen las determinaciones aproximativas -que quizá provocaron en el individuo otra clase de seguridad-, se transmuta el aspecto del que invita, se precipita como una nube cambiante sobre El.

“Que yo os aliviaré”.-¡ Maravilla! Entonces aquellas palabras: “venid a mí”, debieran ciertamente entenderse de la siguiente manera: permaneced junto a mí, yo soy el descanso, o permanecer conmigo es descanso. No acontece ahora como siempre en los demás casos, que el auxiliador que dice: “venid acá” tiene que añadir a continuación: “ya os podéis marchar”, mientras notifica a cada uno dónde puede encontrar la ayuda que necesita, dónde crece la yerba soporÍfera que le puede curar, o dónde está el lugar tranquilo en que podría descansar del trabajo, o dónde se halla el dichoso rincón del mundo en que no se estaría cargado. No, El abre sus brazos e invita a todos -¡oh, si todos, todos los que están atribulados y cargados vinieran a El! , entonces los estrecharía a todos contra su pecho diciéndoles permaneced ahora conmigo, que estar conmigo es descanso. El auxiliador es el auxilio. ¡Oh! maravilloso, mientras El invita a todas y quiere ayudar a todos, es su manera de tratar a los enfermos cabalmente como referida a cada uno en particular, como

si tuviese en cada enfermo, que El tiene, solamente este único enfermo. De otro modo sucede con el médico que tiene que multiplicarse entre sus muchos enfermos que, no obstante, por muchos que fuesen no serían nunca todos los enfermos. El médico prescribe la medicina, dice 1_o que hay que hacer, cómo ha de usarse, y se marcha a visitar a otro enfermo, o le deja irse, si es que el enfermo fue a visitarlo. El médico no puede estar sentado todo el día a la cabecera del enfermo, m mucho menos puede tener a todos los enfermos en su propia casa y, sin embargo, estar el día entero junto a uno solo, sin descuidar a los demás. Por lo cual, en este caso, el auxiliador y el auxilio no son una y la misma cosa. El medicamento que prescribe el médico lo tiene el enfermo todo el día consigo para emplearlo constantemente, mientras el médico le echa una ojeada de vez en cuando, o es él quien una vez entre ciento ve al médico. Pero cuando el auxiliador es el auxilio, entonces tiene que permanecer ciertamente el día entero cabe al enfermo, o el enfermo junto a El -joh, maravilloso, que justamente este auxiliador es el que invita a todas

VENID A MI TODOS LOS QUE ESTEIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARE

¡Qué gran multitud abigarrada, qué casi infinita variación de invitados! ; pues un hombre, un hombre insignificante, puede perfectamente ensayar el representarse algunas variantes peculiares. El que invita debe invitar a todos, aunque a cada uno en particular o como individuo.

De esta manera se pone en marcha la invitación, por los caminos reales, por los caminos solitarios, y por los solísimos, sí, adonde hay un camino tan solitario que solamente uno, uno solo, y nadie fuera de él, lo conoce; que solamente hay un rastro, el rastro del desgraciado que huyó por este camino con su desgracia, en otro caso no hay ningún rastro, ningún rastro reconocible, para que se pudiera volver por este camino: también hacia este camino anhela la invitación; ella misma encuentra fácil y seguro el camino de vuelta, facilísimo, cuando retrae consigo al fugitivo hacia el invitante. ¡Venid acá. venid vosotros todos, también tú y tú y tú, el más solitario de todos los fugitivos!

Así marcha la invitación por todas partes, y se queda plantada en todas las encrucijadas y llama. Y como la llamada de la trompeta bélica se dirige a las cuatro direcciones de la rosa, así resuena la invitación por todo el ámbito, adonde hay una encrucijada, y no con un sonido indeterminado -porque entonces ¿quién querría venir?-, sino con la autenticidad de la eternidad.

La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde el sufrimiento temporal y terrestre instala su cruz, y llama. Venid acá, vosotros todos pobres y miserables, vosotros a quienes hay que afianzar en la pobreza en que tenéis que fatigaros como esclavos, no para aseguraros un futuro sin cuidados, sino un futuro fatigado; joh, amarga contradicción: tener que fatigarse para asegurarse aquello bajo lo que se gime y de lo que se desearía estar lejos!, ¡Vosotros los despreciados y postergados, por cuya existencia nadie, absolutamente nadie, se preocupa, ni siquiera como de un animal doméstico, que tiene más valor! ¡Vosotros los enfermos, cojos, sordos, ciegos, paralíticos, venid! ¡Los que estáis en el lecho del dolor, sí, venid también vosotros; pues la invitación se atreve también a llamar a los que están en cama, para que vengan! ¡Vosotros los leprosos! Porque la invitación hace saltar todas las diferencias para congregarlas a todos; ella quiere reparar el daño de la diferencia, cuando ésta depara a uno un puesto como dominador sobre millones de seres, en posesión de todos los bienes de fortuna, mientras que a otro lo arrastra al desierto. Y ¿por qué? (joh crueldad!), porque (joh cruel conclusión humana!), porque es un desgraciado, indescriptiblemente desgraciado; por lo tanto, ¿por qué?, porque él necesita auxilio e incluso compasión; y por lo tanto, ¿por qué?, porque la humana conmiseración es un vil invento, que precisamente es cruel allí donde debiera ante todo resplandecer compasiva, y solamente allí es compasiva donde verdaderamente no tiene lugar la compasión. ¡Vosotros las enfermos de corazón,

vosotros, que solamente en el dolor aprendisteis que el hombre en otro sentido que la fiera tiene un corazón, y ¿qué significa sufrir del corazón, y qué quiere decir que el médico puede tener razón al diagnosticar que alguien está sano del corazón y, no obstante está enfermo del corazón; vosotros a los que engañó la perfidia, de quienes hizo blanco de burlas la humana compasión (porque la compasión humana raramente se deja esperar); todos vosotros perjudicados, e injustamente tratados, e insultados, y maltratados; todos vosotros nobles, los que merecidamente, como todo el mundo os espeta a la cara, cosechasteis el salario de la ingratitud, ¿por qué, pues, fuisteis todavía tan necios como para permanecer nobles, por qué tan imbéciles como para permanecer amables, desinteresados y fieles?; todos vosotros, oblaciones de la traición, y del engaño, y de la calumnia, y de la envidia, a los que la infamia escogió y la cobardía dejó en la estacada, sea que estéis sacrificados lentamente y en la soledad, después de haber buscado un rincón para morir, o que estéis oprimidos en el tumulto de la gente, donde nadie se pregunta qué derecho tengáis, nadie qué injusticia padezcáis nadie dónde os duele o cómo os pueda doler, mientras que la multitud bestialmente rechoncha os aplasta contra el polvo: ¡venid acá!

La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde la muerte separa la muerte y la vida. ¡Venid acá todos vosotros los entristecidos, vosotros los que en vano estáis atribulados y cargados! Pues ciertamente hay descanso en la tumba; pero estar sentado junto a una tumba, o estar de pie ante una tumba, o ir de visita a una tumba, todo esto no es ciertamente lo mismo que estar, en la tumba; y leer para sí mismo incesantemente sus propias producciones, que se saben de memoria, leer la inscripción, que uno mismo colocó y entiende mejor que nadie; ¿quién es el que aquí yace enterrado?: esto no es lo mismo que yacer enterrado uno mismo. En la tumba está el descanso, pero junto a una tumba no hay ningún descanso; lo que quiere decir: hasta aquí y nada más, así que te puedes volver a casa. Pero por muchas veces que día tras día vuelvas con el pensamiento o con tus propios pies a esta tumba, no podrás avanzar un paso siquiera del lugar; y esto constriñe mucho y no es ninguna señal de descanso. Venid, por lo tanto, acá, aquí está el camino por el que se puede ir adelante, aquí está el descanso junto a la tumba, el descanso de los sufrimientos de la pérdida, o el descanso en los sufrimientos de la pérdida: junto Aquél que eternamente redime a los separados, con más fuerza que la naturaleza une a padres e hijos, hijos y padres -¡ay, ellos fueron seguramente separados!-; más íntimamente que el sacerdote une al hombre y a la mujer -¡ay, el divorcio tuvo ya lugar!-; más indisolublemente que el lazo de la amistad une a los amigos-¡ay, éste ya se rompió alguna vez-. La separación atravesó afanosa por todas partes, acarreando dolores e inquietud; ¡pero aquí hay descanso! Venid también vosotros, vosotros cuya residencia os está asignada aparte de las tumbas, considerados como difuntos por la comunidad humana, pero que no son echados en falta por nadie, ni llorados, ni enterrados, y, sin, embargo, muertos, es decir, que no pertenecéis ni a la vida ni a la muerte; ¡ay, vosotros para quienes se cerró cruel la comunidad humana, y para quienes no se abrió todavía misericordiosamente ninguna tumba: venid también acá, aquí hay descanso, y aquí hay vida!

La invitación está plantada junto a la encrucijada, allí donde el camino del pecado se arranca del cerco de la inocencia. ¡Oh!, venid, vosotros estáis tan cerca de El; un paso solamente por el otro camina y os situáis infinitamente lejos de El. Quizá no anheléis todavía el descanso, no entendáis verdaderamente lo que esto significa; pero seguid, sin embargo, la invitación, porque El que os invita puede libraros de lo que es tan pesado y peligroso de ser liberado de ello, para que libres permanezcáis junto a El, que es el Redentor de todo, también de la inocencia. Pues, aunque fuera posible que en alguna parte se diera una inocencia completamente pura, ¿por qué no habría ésta de necesitar también un Redentor, que redimida la pueda defender del mal? La invitación está plantada en la encrucijada, allí donde el camino del pecado se adentra más en el pecado. Venid acá todos vosotros, los descarriados y extraviados, cualquiera que sea vuestro extravío y pecado, tal que a los ojos de los hambres sea disculpable y quizá no obstante, el más horrible de todos, o cual que a los ojos de los hombres sea el más horrible y quizá, sin embargo, el más disculpable; o sea uno que todo el mundo conozca, o que oculto es, no obstante, conocido en el Cielo; ya hayáis encontrado perdón en el mundo, aunque ningún descanso

en vuestro interior, o no hayáis encontrado perdón, porque no lo buscasteis, o lo buscasteis vanamente: ¡Oh, retornad y venid acá, aquí hay descanso! La invitación esta plantada en la encrucijada, allí donde el camino del pecado continúa la última vez y lo perdemos de vista:-hacia la condenación. ¡Oh! , retornad, venid acá; no os espante la dificultad del retorno, por muy grande que sea; no temáis el penoso caminar del regreso, por penoso que sea también él conduce a la redención, mientras que el pecado, con una marcha alada y a creciente velocidad, conduce hacia adelante -o hacia abajo-, tan ligero, tan indescriptiblemente ligero. Sí, tan ligero como cuando un caballo desacostumbrado al arrastre no puede con todas sus fuerzas parar el coche, que lo precipita en el abismo; no desesperéis en ningún caso de poder volver, porque el Dios de la paciencia tiene paciencia para perdonar, y entonces un pecador debería normalmente tener paciencia para humillársele. No, nada temáis y no desesperéis. El que dice; “venid acá”, está con vosotros de camino, de El os viene la ayuda y el perdón por el camino del retorno, que conduce a El, y junto a El hay descanso.

Venid acá todos, todos, todos vosotros, junto a El hay descanso; y El no pone ninguna dificultad. El hace solamente una cosa: abre sus brazos. El no te preguntará nada de antemano a ti, tú que sufres. ¡Ay!, esto lo hacen los hombres íntegros, que cuando quieren ayudar a uno: verdad que tú no eres culpable de tu desgracia, que no tienes nada que echarte en cara? Es tan ligera esta manera humana de juzgar conforme a lo externa, según el resultado. Cuando uno es lisiado, es contrahecha, tiene un exterior desventajado, entonces se juzga: ergo él es un hombre malo; cuando uno es un desgraciado a quien todo le va mal en el mundo, de modo que no logró ser nada, o incluso todo le fue de espaldas, entonces se juzga: ergo él es un hombre malo. ¡Oh!, y es un placer cruel refinadamente premeditado éste de querer sentir su propia rectitud precisamente frente al que sufre, interpretando su padecimiento como un castigo de Dios, de suerte que más de una vez se tienen escrúpulos para ayudarlo, o se le proponen aquellas preguntas previas, que halagan la propia rectitud, antes de ayudado. Pero El no te preguntará de esa manera, El no será tu benefactor de una forma tan despiadada. Y si tú tienes conciencia de ser un pecador, El no te preguntará sobre ello, no querrá quebrar más todavía la caña inclinada, sino que te levantará, si te confías a El; El no te situará meramente enfrente por medio del contraste, mientras se te tiene fuera de sí, de suerte que tu pecado resalte más horrible, sino que te otorgará refugio junto a sí, y mientras que tú estás oculto en El, ocultará El tus pecados. Pues El es el amigo de los pecadores. Cuando se trata de un pecador no se queda simplemente plantado, para abrir sus brazos y decir; “venid acá”, no, entonces permanece en pie, y espeta, como esperaba el padre del hijo pródigo, o ni siquiera permanece en pie solamente y espera, sino que se pone en camino para buscarte, como busca el pastor la oveja extraviada, como la mujer la dracma perdida. El se pone en camino, o en realidad no se pone, porque ya ha caminado infinitamente más distancias que ningún pastor y ninguna mujer. El ha caminado cabalmente el camino infinitamente largo que va de ser Dios a hacerse hombre. ¡Lo que caminó para buscar a los pecadores!

III

VENID A MI TODOS LOS QUE ESTEIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARE

“Venid acá!”. Pues El supone que los que están atribulados y cargados sienten la cara muy pesada, el trabajo muy pesado, y que parados en esta situación están perplejos y anhelosos; el uno espía por todas partes en rededor, por si todavía se puede divisar un socorro, el otro inclina los ojos hacia el suelo, porque no encontró ningún alivio, un tercero mira de hito en hito hacia arriba, por si podría venir del cielo -¡pero todos buscando!. Por eso dice El: venid acá. A quien cesó de buscar o preocuparse, El no lo invita. “¡Venid acá!” Pues El, el que invita, sabe que precisamente pertenece al verdadero padecimiento el ausentarse uno lejos de sí mismo y reconocerse en quieto desconsuelo, sin tener el ánimo de confiarse a nadie, y mucho menos tener la confianza

de esperar ayuda. ¡Ay!, no solamente aquel individuo demoníaco fue poseído por un espíritu mudo; todo padecimiento que no empieza enmudeciendo al que sufre, significa muy poco, tan poco como amor que no hace silencioso; los dolientes, cuya lengua suelta desparrama a los cuatro vientos su historia de sufrimientos, no están ni atribulados ni cargados. Ved por eso el que invita no se aventura a esperar a que los atribulados y cargados vengan a El, sino que los llama amorosamente; y quizá no serviría de nada toda su presteza por ayudar, si no dijera aquella palabra, y con la misma diese el primer paso; pues mientras El grita esta palabra (“venid a mí”), ya está viniendo a ellos. ¡Oh, humana compasión! , quizá seas a veces respetable dominio de sí, quizá también a veces seas verdadera e íntima compasión, cuando renuncias a preguntar a aquél de quien sospechas que vive y padece un sufrimiento oculto; pero ¿cuántas veces no se debe esto a cierta prudencia, que no desea enterarse excesivamente? ¡Oh humana compasión! , ¡cuántas veces eras solamente curiosidad. no compasión, cuando osabas entrometerte en el secreto de un doliente, y con qué frecuencia no sentiste como una molestia, casi como un castigo de tu curiosidad, que él aceptara la invitación y viniera a ti! Pero Aquél, que dice esta liberadora palabra: “ ¡Venid! “, no se engaña a sí mismo al decir esta palabra, ni tampoco te engañará a ti, si vienes a El, para hallar descanso arrojando en El tu carga. El sigue el impulso de su corazón al decir esta palabra, y su corazón sigue a la palabra -si tú sigues la palabra, ella te acompañará entonces nuevamente retornando hacia su corazón; es una consecuencia, lo uno se sigue de lo otro-. ¡Oh, si tú solamente quisieras seguir la invitación! “ ¡Venid acá!” Pues El supone que los que están atribulados y cargados están muy cansados y forzados, próximos a la inanición, que, como en el letargo, se les volvió a olvidar que existe el consuelo. ¡Ay!, o El sabe que es demasiado cierto que no hay ningún consuelo ni ninguna ayuda, si no se busca junto a El, y por eso tiene que llamarlos: “¡Venid acá!”.

“Venid acá!” Ya que toda sociedad tiene ciertamente un símbolo u otra cosa por la que se distingue a quien pertenece a ella; y cuando la muchacha está adornada de cierta forma peculiar se sabe que va al baile: Venid acá todos las que estáis atribulados y cargados. “ ¡Venid acá!” Tú no necesitas llevar la señal distintiva en lo exterior y sensible; ven solamente con la cabeza unguada y el rostro limpio, cuando meramente en lo interior estés atribulado y cargado.

...

“Venid acá!” -Oh! , no te quedes parado, ni muy meditabundo, piensa que por cada momento que te quedes parado después de haber oído la invitación, oirás en el momento siguiente su llamada más débil y que así se te aleja, por más que permanezcas en el sitio. “ ¡Venid acá! “ ¡Oh! , por muy cansado y fatigado que estés de trabajar, o del largo, largo y, no obstante, hasta ahora inútil caminar en pos de ayuda y redención; aunque estés en situación de no poder dar un paso más, ni siquiera sostenerte ya por un solo instante sin que desmayes: -¡oh, da un solo paso todavía, aquí está el descanso! “ ¡Venid acá! “ ¡Ay! , pero si existiera uno solamente, que fuese tan desgraciado que no pudiera venir -¡oh! , un suspiro basta; pues si suspiras por El, también esto significa venir a El.



LA PARADA

VENID A MI TODOS LOS QUE ESTEIS ATRIBULADOS Y CARGADOS, QUE YO OS ALIVIARE

¡Párate ahora! Mas qué es aquello junto a lo cual hay que pararse? Junto a lo que en el mismo instante lo transmuta todo infinitamente -de manera que tú en realidad, en lugar de lo que cabría esperar, es decir, poder contemplar un inmenso gentío de atribulados y cargados que seguían la invitación, no consigas ver en definitiva sino cabalmente todo lo contrario, un inmenso gentío de hombres que retroceden, se espantan y al fin echan a correr y todo lo pisotean, de suerte que si de el resultado hubiera que concluir lo que se había dicho, entonces la conclusión sería que

fue dicho: “procul, o procul esto profani”, y no: “venid acá”-, junto a aquello que es infinitamente más importante e infinitamente más decisivo: junto al que invita. No como si El no fuera hombre para cumplir lo que dice, o Dios para mantener lo que promete, sino en otro sentido distinto.

I

Que el que invita es y será la determinada persona histórica que era hace 1.800 años, y que en cuanto tal persona determinada y viviendo en las circunstancias en que entonces existió, es quien ha dicho aquellas palabras de la invitación. El no es ni será para nadie Aquel del que se sabe lo que se sabe por la historia y nada más (la historia del mundo, la historia directamente entendida en contraposición a la historia sagrada); pues por la historia no se puede llegar a saber nada de El, ya que; en general, nada puede “saberse” acerca de El. El no ha de ser, humanamente, juzgado según las consecuencias de su vida, El es y será señal de escándalo y objeto de la fe; juzgarlo según las consecuencias de su vida es blasfemia; en cuanto Dios, es su vida, el hecho de que viviera y ha vivido, infinitamente más decisivo que todas las secuencias de ello en la historia.

A

¿Quién ha dicho aquellas palabras de la invitación?

El invitante. ¿Quién es el que invita? Jesucristo. ¿Qué Jesucristo? ¿Jesucristo el que está sentado con majestad a la diestra del Padre? No. Desde la majestad El no ha dicho ninguna palabra. Por lo tanto es precisamente Jesucristo en su humillación, en la situación de la humillación, el que ha dicho estas palabras.

¿No es, pues, Jesucristo el mismo? Ciertamente, es el mismo hoy y ayer, y el mismo de hace 1.800 años, Jesucristo el que se humilló a sí mismo y tomó la figura del siervo, Jesucristo el que ha dicho aquellas palabras de la invitación. El es también el que ha dicho que vendrá de nuevo en majestad. En su vuelta en la majestad seguirá siendo el mismo Jesucristo; pero esto todavía no ha acontecido.

¿No está ahora en la majestad? Sí, es lo que cree el cristiano. Pero fue en la situación de la humillación en la que dijo aquellas palabras; desde la majestad no las ha dicho. Y acerca de su vuelta en majestad no puede saberse nada, esto solamente puede, en el sentido más riguroso, creerse. Pero no puede uno haber llegado a ser creyente sin haberse acercado a El en su estado de humillación, a El, señal del escándalo y objeto de la fe. De otra manera no existe, pues solamente así ha existido. Que El vendrá en la majestad, es lo esperado, pero solamente puede ser esperado y creído por quien se haya ligado y ligue a El conforme ha existido.

Jesucristo es, pues, el mismo; sin embargo vino hace 1.800 años en su humillación y solamente se cambiara con su vuelta. Todavía no ha venido, por lo tanto sigue siendo todavía el humillado, creyéndose que vendrá nuevamente en majestad. Lo que ha dicho y enseñado, cada palabra que ha pronunciado, se convierte eo ipso en falsa cuando pretendemos entender que es Cristo en la majestad el que la dice. No, El calla, el humillado habla. El intervalo (lo que va de la humillación a la vuelta en majestad), es aproximadamente en este momento de 1.800 años, y posiblemente será de varias repeticiones de 1.800 años todavía, el intervalo, es decir, en lo que el intervalo lo quiere convertir, la información profana de la historia mundial y eclesiástica acerca de Cristo, sobre quién era Cristo, sobre quién, por consiguiente, ha dicho aquellas palabras, es algo impropio, algo ni entero ni a medias, que meramente lo deforma, y con ello hace falsas aquellas palabras de la invitación.

Puesto que es falso el que yo invente palabras que jamás ha dicho cierto hombre, y diga, que las ha dicho. Pero también es falso, y la palabra que ha dicho se falsifica, o se hace falso que lo ha dicho, cuando lo transformo en alguien esencialmente distinta del que lo dijo. “Eencialmente distinto”: pues una falsedad referente a una u otra accidentalidad no consigue desmentir el hecho de que “él” lo ha dicho. Y así, cuando le place a Dios peregrinar por esta tierra de incógnito tan riguroso, del que solamente un Omnipotente puede revestirse, impenetrable para toda constatación; cuando le place (y por qué obra así, con qué designios, nadie lo sabe mejor que El mismo, pero sean las razones y los designios que sean, ellos testimonian que el incógnito significa algo esencial tomar la figura de un humilde siervo -a juzgar por las trazas completamente como otro hombre cualquiera-; cuando le place enseñar a los hombres con esta figura, entonces si alguien repite con toda exactitud las palabras que ha dicho, pero pretende el distintivo de que era Dios el que dijo estas palabras: así es ello falso; ya que es falso que El dijera estas palabras.

B

¿Puede llegarse a saber por la historia algo acerca de Cristo?

No. ¿Por qué no? Porque, en general, nada puede “saberse” acerca de “Cristo”; es la paradoja, objeto de fe, solamente para la fe. Pero toda comunicación del “saber”, por lo tanto, por la historia no puede llegar a saber nada sobre Cristo. Pues si se logra saber poco o mucho o algo acerca El, deja de ser El que es en verdad. De esta manera se logra saber sobre El algo distinto de lo que era, consiguientemente no se llega a saber nada sobre El, o se sabe algo inauténtico, es un engaño. La historia hace de Cristo otra cosa de lo que en verdad era y así se llega a saber por la historia mucho acerca de ¿Cristo? No, no es acerca de Cristo, ya que sobre El nada se puede saber, solamente ha de ser creído.

C

¿Puede demostrarse por la historia que Cristo era Dios?

Permítaseme hacer primero otra pregunta: ¿puede pensarse, en general, una contradicción más disparatada que la de querer demostrar (por lo pronto es indiferente que ello pretenda demostrarse por la historia o no importa por qué otra cosa del mundo), que un hombre particular es Dios? Que un hombre particular sea Dios, es decir, que diga que lo es, es ciertamente el escándalo. “katezojen” Mas, ¿qué cosa es el escándalo, lo escandaloso? Lo que pugna contra toda (humana) razón. ¡Y esto es lo que se quiere demostrar! Pero “demostrar” significa convertir algo en racional real dado. Puede lo que contradice toda razón convertirse en lo racional-real?, desde luego que no, si es que uno no desea contradecirse a sí mismo. Lo único que se puede “demostrar” es que pugna contra la razón. Las pruebas de la divinidad de Cristo que trae la Escritura: sus milagros, su resurrección de entre los muertos, su ascensión a los cielos, lo son también solamente para la fe, es decir, que no son “pruebas”; ciertamente no intentan demostrar que todo esto se concilia con la razón, sino todo lo contrario, que contradice a la razón y es, por lo tanto, objeto para la fe.

Sin embargo, vayamos a las pruebas de la historia. “¿No se cumplen ahora 1.800 años desde que Cristo vivió, no es su nombre anunciado y creído por toda la faz de la tierra, su doctrina (el cristianismo) no ha transformado la semblanza del mundo, atravesado victoriosa todas las relaciones: y la historia no ha hecho bueno de esta manera suficientemente, más que suficientemente, lo que El era, que El era Dios?” No, la historia no ha hecho esto bueno ni suficientemente ni más que suficientemente, la historia no puede por toda la eternidad hacerlo bueno. Con todo, por lo que respecta a lo primero, es muy verdadero que su nombre es predicado por todo el mundo -si es creído, no me toca decidirlo ahora-; es muy verdadero que el cristianismo ha transformado la semblanza del mundo, atravesado victorioso todas las relaciones, tan victoriosamente que todos se tienen ahora por cristianos.

Pero ¿qué demuestra todo esto? Lo más que puede demostrar es que Jesucristo ha sido un hombre grande, quizás el más grande de todos. Pero que El fuera Dios - no, párate, esta conclusión está con la ayuda divina condenada al fracaso.

Se comienza -en tanto se preludia esa conclusión- con el supuesto de que Jesucristo era un hombre, y de este modo se considera a la historia de los 1.800 años (las consecuencias de su vida como algo capaz de alcanzar así de una manera superlativa, incesantemente creciente, la conclusión: grande, mayor, máximo, sobre manera y sorprendentemente el mayor de los hombres que jamás haya existido. Se comienza, por el contrario, con el supuesto (el de la fe) de que El era Dios, entonces se han tachado de un plumazo y quedan anulados los 1.800 años, que ni quitan ni ponen ni demuestran nada en pro o en contra, por que la sabiduría de la fe es infinitamente más alta. Evidentemente deberá empezarse de una de estas dos maneras; si se comienza por -la última todo está en orden.

Si se comienza por la primera, entonces no se puede, sin hacerse culpable en uno u otro tramo de una “metabasis eis allo genos”, sacar conclusivamente de repente la nueva cualidad: “Dios”, como si la consecuencia o las consecuencias de: una vida de hombre demostraran de pronto en uno u otro tramo que ese hombre era Dios. Si esto procediese, se debería también poder dar respuesta a la pregunta siguiente: ¿cuáles tendrían que ser las consecuencias, cuán grandes los resultados, cuántos siglos serían necesarios para lograr saber a ciencia cierta por las consecuencias de una vida de “hambre” (éste es cabalmente el supuesto que él era Dios? Como si quizá tuviera pies y cabeza el afirmar que en el año 300 no estaba todavía demostrado que Cristo era Dios, aunque se barruntaba algo, ya que era un poco más que el sobremayor y sorprendentemente mayor de los hombres que jamás haya existido, ¡pero faltando todavía algunos siglos para hacerlo bueno!. En tal caso se puede seguramente concluir con buena probabilidad que los que vivían en el año 300 no consideraban a Cristo como Dios, y mucho menos los que vivieron en el siglo primero, de modo que la seguridad de que era Dios

iría creciendo, desde luego, con los siglos, siendo la del nuestro, la del siglo XIX la máxima que hasta la fecha haya podido alcanzarse, una seguridad que comparada con la de los primeros siglos les parecería a éstos apenas sospechable. En el fondo importa un comino el que se responda o no se responda a esta pregunta.

¿Qué significa esto en general? Será posible que con la consideración de las consecuencias crecientes de algo esté permitido con una simple conclusión sacar de ello una otra cualidad que la del supuesto? ¿No es una demencia (si es que ya el hombre no es demente) que el primer juicio, que es el de la suposición de la que se parte, pueda errarse hasta tal extremo que se yerre una cualidad de lo debido? Y cuando se comienza con este error, cómo puede serse en algún punto determinado capaz de ver en las consecuencias que es una completamente otra, una infinitamente distinta cualidad de la que se trata? Una huella en un camino es ciertamente una consecuencia de que alguien ha seguido ese camino. Yo puedo ir inmediatamente allí a suponer equivocadamente que era la de un pájaro, pero con una inspección más cercana, siguiendo más la huella, me persuado que ha tenido que ser otro animal. Bien; pero aquí no se trata de un cambio de cualidad infinita. Pero puedo yo por más cercanamente que mire o siguiendo más lejos tal huella, llegar en uno u otro tramo a la conclusión: ergo es un espíritu el que ha seguido este camino, un espíritu que no deja tras sí ninguna huella? Así acontece al concluir de las consecuencias -lo supuesto de una existencia humana: ergo era Dios. ¿Se asemejan entonces Dios y hombre hasta tal grado, hay tan pequeña diferencia entre ambos, que yo, si no soy demente, pueda empezar con la suposición de que ha sido un hombre? Y de otra parte, ¿no ha dicho Cristo que él era Dios? Si se asemejan Dios y hombre hasta tal grado, si tienen tal parentesco, y consiguientemente caen bajo la misma cualidad esencial, entonces la conclusión “ergo era Dios” es como quiera que se la considere una patraña; pues si ser Dios no es otra cosa, en tal caso Dios no existe. Pero existiendo Dios, y, por lo tanto, distinto con la infinita diferencia de cualidad del ser-hombre, entonces si yo, o cualquiera que sea, empieza con el supuesto de que ha sido hombre, no podrá por toda la eternidad sacar la conclusión que, desde luego, era Dios. Cualquiera sólo un poco dialécticamente desarrollado debe ver con facilidad que toda la cuestión de las consecuencias es inconmensurable con la decisión de si era Dios, y que esta decisión se le presenta al hombre de una manera muy distinta : la de que si, quiere, creer lo que Él dijo ser, que era Dios, o no quiere creerlo.

Esto es, entendido dialécticamente -entendido significa que se toma tiempo para entenderlo-, suficiente para impedir aquella conclusión de las consecuencias de la vida de Cristo: ergo era Dios. Pero la fe como instancia opone una réplica todavía más extrema contra todo intento de pretender acercarse a Jesucristo, sabiéndolo con la ayuda de lo tomado de la historia, que ha conservado las consecuencias de la vida de Cristo. La protesta de la fe es que todo este intento es una blasfemia. La protesta de la fe es que el único argumento que la incredulidad dejó en pie, después de haber derrocado todos los restantes de la verdad del cristianismo, ese argumento -¡sí, está singularmente desarrollado!- que la incredulidad inventó, y lo inventó para demostrar la verdad del cristianismo --¡magnífico, la incredulidad inventa argumentos para la defensa del cristianismo!-, ese argumento con el que en la cristiandad se ha alcanzado tanta pompa, el argumento de los 1.800 años, según la protesta de la fe representa una blasfemia. .

Con relación a un hombre sí vale el que las consecuencias de su vida son más importantes que su vida. Entonces, cuando para lograr saber quién era Cristo y concluirlo mirando las consecuencias de su vida se le convierte eo ipso en un hombre, un hombre que igualmente que los demás hombres deberá afrontar su examen en la historia, la cual, sin embargo, es por lo demás en este caso un examinador tan mediocre como un seminarista en latín. Pero, ¡extraño! Se quiere con ayuda de la historia, con la consideración de las consecuencias de su vida, alcanzar concluyente aquel ergo: ergo era Dios, mientras la fe hace cabalmente la afirmación contraria, que quien, en general, comienza con este silogismo, comienza con una blasfemia. La blasfemia no consiste todavía en la suposición de que El era un hombre. No, la blasfemia radica, en lo cual se funda toda la empresa, en el

pensamiento, sin el cual no se empezaría, en el pensamiento de cuya legitimidad consiguientemente se está persuadísimo en cuanto también vale en relación con Cristo, en el pensamiento de que las consecuencias de su vida son más importantes que su vida, es decir, que era un hombre. Hipotéticamente se dice: Supongamos que Cristo era un hombre, pero como fundamento de esta hipótesis, que todavía no es blasfemia, yace el aserto de que la consideración de que las consecuencias de la vida de uno son más importantes que su propia vida tiene su aplicación en el caso de Cristo. Si no se supone esto, entonces se admite que toda la propia empresa carece de sentido; se admite y se empieza con ello, y por qué se pretende empezar de esta manera? Si se empieza, suponiendo esto, la blasfemia está en marcha. Y cuanto más se hunda en la consideración de las consecuencias, pero con la pretensión de llegar a concluir si El era o no perentoriamente Dios, más blasfemia es la conducta de tal pretendiente, y lo es en cada momento que la consideración dure.

Extraña colisión: se pretende que si se consideran rectamente a fondo las consecuencias de la vida de Cristo se puede llegar de perillas a aquel ergo - y la fe sentencia que el primer paso dé este intento es ya un burlarse de Dios, y, por lo tanto, la continuación un creciente burlarse de Dios.

“La historia”, dice la fe, “no tiene nada que hacer con Jesucristo; con relación a El solamente se posee la historia sagrada (la cual es cualitativamente distinta de la historia en general, que relata el palmarés de su vida en la situación de la humillación, y que, a la par, El dijo ser Dios. El es la paradoja, que la historia jamás podrá condimentar o transmutar en un silogismo corriente. El es en su humillación el mismo que en su elevación - pero los 1.800 años, y aunque se convirtieran en 18.000, no tienen nada que hacer en ello. Las brillantes consecuencias de la historia mundial, que casi llegan a convencer incluso a un profesor de historia de que El era Dios, no son de ninguna manera, a pesar de lo brillantes, su vuelta en majestad. Sin embargo, esta es la opinión acostumbrada; lo que manifiesta de seguido que se hace de Cristo un hombre, cuya vuelta en majestad no es otra cosa que las consecuencias de su vida en la historia -cuando la vuelta de Cristo en majestad es algo totalmente distinto de eso, algo que se cree. El se humilló y fue envuelto en harapos. El volverá de nuevo en majestad, pero las brillantes consecuencias, sobre todo si se las considera de cerca, son una majestad demasiado andrajosa, en todo caso inidentificable completamente, acerca de la cual, naturalmente, no habla jamás la fe, cuando habla de Su majestad. El existe, por ende, todavía constantemente solo en su humillación, hasta que -lo que es creído- vuelva de nuevo en majestad. La historia puede ser una ciencia espléndida, pero no debe arrogarse ilusa el poder -que ejercitará el Padre - de revestir a Cristo de su majestad, mientras le arropa con el manto de las brillantes consecuencias, como si fuera ése el de la vuelta. Qué Él en la humillación era Dios, que volverá nuevamente en majestad, es algo que sobrepasa peculiarmente la razón de la historia, que no puede sin una incomparable, -falta de dialéctica sacarse de la historia, por muy incomparablemente que se la considere”.

¡Extraño! , y así se ha pretendido precisamente usar la historia para demostrar que Cristo era Dios.

D

¿Son las consecuencias de la vida de Cristo más importantes que su vida?

No, de ninguna manera, precisamente todo lo contrario; si fuese ése el caso, entonces Cristo sería solamente un hombre.

No es, desde luego, nada admirable que un hombre haya han vivido ya ciertamente millones y millones de hombres. Para que esto sea admirable tendrá que poseer su vida una admirabilidad, es decir, la admirabilidad que sobrevenga primariamente a la vida de un hombre por otra parte. No es admirable que El haya vivido, pero

su vida encerraba varias cosas admirables. Entre éstas cabe también lo que El ha ejecutado, las consecuencias de su vida.

Pero que Dios haya vivido aquí en la tierra como un hombre particular, es infinitamente admirable. Aunque esto no haya tenido ninguna consecuencia, es lo mismo, permanece tan admirable, infinitamente admirable, infinitamente más admirable que todas las consecuencias. Intenta ahora resaltar la admirabilidad en otro sitio y podrás ver fácilmente lo demente: ¿Qué tendría de admirable que la vida de Dios haya tenido consecuencias admirables? Hablar de este modo es cháchara.

No, el hecho .de que Dios haya vivido es lo infinitamente admirable, lo en sí y por sí mismo admirable. Supuesto que la vida de Cristo no hubiera tenido ninguna consecuencia, entonces si alguien dijera que su vida no era admirable, incurriría en una blasfemia. Pues es igualmente admirable; y si habría que hablar de admirabilidad de otra parte, tendría que ser: lo , admirable de que su vida no haya tenido ninguna consecuencia. En contra, si alguien dice que la vida de Cristo es admirable en razón de las consecuencias, no hace sino incurrir continuamente en burla de Dios; pues ello es lo en sí y por sí mismo admirable.

El acento no afecta a que un hombre haya vivido, sino que cae infinitamente sobre el que Dios haya vivido. Solamente Dios puede poner tanto peso sobre sí mismo, que el hecho de que haya vivido sea infinitamente más importante que todas las consecuencias del mismo, registradas en la historia.

E

Una comparación entre Cristo y un hombre que en la vida real sufre el mismo trato de sus contemporáneos, que Cristo padeció.

Pensemos en un hombre, uno de esos gloriosos que sufrieron injusticia en su tiempo, pero a quien la historia reinstaló en su derecho, mientras hacía notorio con ayuda de las consecuencias de su vida quién era él. Por lo demás, no niego que todo este argumento por las consecuencias propiamente, sin embargo, está calculado relativamente al mundus, qui vult decipi. Pues ¿quién, contemporáneo con aquel glorioso, no vio quién era él, alcanzará su auténtica imagen de él cuando con ayuda de las consecuencias logre saberla? Sin embargo, no urgiré esto, y en relación a un hombre sigue valiendo que las consecuencias de su vida son más importantes que el que haya vivido.

Por lo tanto, pensemos en uno de aquellos gloriosos. Vive, pues, con sus contemporáneos, mas no es comprendido, ni reconocido por lo que es, sino que es incomprendido, ridiculizado, perseguido y, finalmente eliminado como un criminal. Pero las consecuencias de su vida patentizan lo que era; la historia, que conserva esas consecuencias, lo confirma en su derecho, lo ensalza por los siglos como grande y noble; lo de su humillación queda completamente olvidado. Fue una ceguera de sus contemporáneos que no lo reconocieran por tal; fue una impiedad el que se mofasen de él y lo ridiculizaran, hasta quitarlo la vida. Mas olvidémoslo; en seguida que murió empieza a ser propiamente lo que era, en virtud de las consecuencias de su vida que, sin embargo, son mucho más importantes que su vida.

¿Podría ahora acontecer también lo mismo en el caso relativo a Cristo? Desde luego, fue una ceguera, una impiedad de aquella generación, mas olvidémoslo ahora mismo, la historia acaba de instalarlo, en su derecho, ya sabemos por la historia quién era Cristo, a quien dejamos confirmado en su derecho.

¡Oh, impía insensatez, que convierte la historia sagrada en historia profana, a Cristo en un hombre! ¿Se puede, entonces, saber algo por la historia acerca de Cristo? (Véase la Biblia.) De ninguna manera. Jesucristo es objeto de fe, se ha de creer en El o escandalizarse; porque el “saber” significa justamente lo que no concierne a El. La historia, pues, es ciertamente capaz de como mucho saber; mas el saber aniquila a Jesucristo.

Y, por añadidura, ¡qué blasfemia si alguien se atreviese a decir con respecto de la humillación de Cristo: olvidemos todo lo de su humillación! ¿No fue con todo la humillación de Cristo algo que le tenía que ocurrir - aunque también fuera pecado de aquella generación el crucificarlo? ¿No fue algo que le tenía que ocurrir y que quizá no le hubiese ocurrido en una contemporaneidad mejor? Cristo mismo quería ser el humillado y el insignificante; la humillación (que siendo Dios fuese este hombre insignificante es, por lo tanto, algo que El mismo se había dispuesto, con lo cual se había atado, un nudo dialéctico que nadie ha de atreverse a soltar, ni tampoco puede soltar, hasta que El mismo lo haya soltado cuando vuelva de nuevo en la majestad. Por eso no acontece con El como con un hombre que por la injusticia de sus contemporáneos no tuvo opción a ser sí mismo, hacerse valer por lo que era, lo que la historia ha puesto en claro; pues Cristo mismo deseaba ser el humillado, era cabalmente eso lo que deseaba hacer valer. Es evidente, en consecuencia, que la historia no tiene que tomarse molestias para hacerle justicia, y nosotros no debemos con impía insensatez imaginarnos atrevidamente que podemos saber sin más quién era El. Pues esto no lo sabe nadie; y quien lo cree ha de ser contemporáneo con El en su humillación. Si a Dios le place el dejarse nacer en la pequeñez, si El, que tiene en su mano todas las posibilidades, se reviste de la figura insignificante del siervo, si El peregrina inerme y deja hacer a los hombres lo que quieran con El: entonces sabe muy bien lo que hace y por qué lo hace; en todo caso es El quien tiene a los hombres en su poder, no los hombres los que tienen poder sobre El - y así la historia ha de dejarse de impertinencias, queriendo hacer notorio quién era El.

Finalmente, ¡oh burla de Dios! , si alguien se atreve a afirmar que la persecución de que Cristo fue objeto expresa algo incidental. Porque un hombre sea perseguido por sus contemporáneos no se sigue que se tenga razón al afirmar que esto le sucedería en todo tiempo. Por lo cual puede haber algo de legítimo si la posteridad dice: olvidémonos de la injusticia que padeció mientras vivía. ¡Otra cosa acaece con Jesucristo! No es El, por el hecho de haber nacido y aparecido en Judea quien se ha presentado ante el examen de la historia. El es precisamente el examinador, su vida es examen, y no solamente sobre aquella generación, sino sobre todas ¡Ay de la generación que con descaro se atreviera a decir: olvidemos la injusticia que padeció! La historia acaba de hacer notorio quién era y lo ha colocado en su derecho.

Si se supone que la historia lo puede, entonces se pone la humillación de Cristo en una relación incidental con El, es decir se le convierte en un hombre, un hombre extraordinario, a quien le ocurrió lo que le ocurrió por la impiedad de la generación, algo que El estaba muy lejos de desear, pues quería (esto es lo humano) haber sido algo grande en el mundo; cuando Cristo, por el contrario, quiso ser con toda libertad el insignificante, y aunque su designio era salvar a los hombres, también quiso expresar que “la verdad” en todo tiempo tuvo y tiene que padecer. Si ésta es su voluntad más alta, y solamente con su vuelta se manifestará en majestad -.¡y todavía no ha vuelto!--; y si ninguna generación puede estar sin remordimiento, sino que, por lo contrario, toda generación debe sentirse culpable de lo que aquella generación hizo con El: entonces ¡ay de aquél que se atreva a arrancarle la pequeñez, o dar por olvidada la injusticia que padeció y lo revista fabulosamente con la majestad humana de las consecuencias históricas, que no son ni una cosa ni otra.

La desgracia de la cristiandad.

Mas ésta es precisamente la desgracia -y lo ha sido ya muchísimo tiempo- en la cristiandad, que Cristo no es una cosa ni otra, ni aquél que era mientras vivió en la tierra, ni tampoco -lo que ha de creerse- el que será cuando vuelva, sino uno, sobre el cual de una manera ilegítima se ha llegado a saber algo por la historia; que era algo sencillamente enorme. De una manera ilegítima e, ilegal se ha llegado a ser sapiente sobre Cristo, pues lo permitido es llegar a ser creyente. Se ha alcanzado en comandita la seguridad mutua de que con ayuda del acontecimiento de la vida de Cristo y de los 1.800 años -las consecuencias- ha podido saberse el resultado redondo. Mientras todo esto se convertía en ciencia, iban destilándose fuera todo el jugo y la fuerza del cristianismo; se soltó la paradoja, se ha llegado a ser cristiano sin notarlo, y sin notar lo más mínimo la posibilidad del escándalo. Se han apoderado de la enseñanza de Cristo, la dieron vueltas de arriba a abajo, El mismo garantizaba sin más la verdad -¡un hombre, cuya vida ha tenido tales consecuencias en la historia! Todo se hizo tan adecuado como el pie al calcetín, naturalmente, pues el cristianismo se convirtió así en paganismo. Se da en la cristiandad una perenne charlatanería de domingo acerca de las gloriosas e incomparables verdades del cristianismo, de su dulce consuelo, pero se nota muy bien que ya hace 1.800 años que Cristo vivió; la señal de escándalo y el objeto de fe se ha convertido en la más fantástica de todas las figuras fabulosas, en un hombrecillo adorable. Ya no se sabe lo que significa, escandalizarse y, mucho menos, lo que significa adorar. Lo que peculiarmente se ensalza de Cristo es precisamente aquello de lo que se hubiera estado más amargado de ser contemporáneo con El, mientras que ahora se está contento a más no poder con la confianza que da el resultado, y con la confianza de que la historia ha puesto completamente fuera de dudas que era el mayor se concluye ergo esto es lo correcto. Es decir, lo correcto, lo noble, lo elevado, lo verdadero -cuando es El quien lo realiza-; es decir, no importa un comino saber en un sentido más profundo qué es lo que El hace, y, mucho menos, según las débiles fuerzas propias, con la ayuda de Dios, imitarlo en la realización de lo que es recto, noble, elevado y verdadero. Ya que lo que esto sea no se logra saber propiamente, sino todo lo contrario a juzgar desde la situación de la contemporaneidad: se está satisfecho con admirar y glorificar, y se es -como se .dijo de un traductor que deseaba escrupulosamente traducir al pie de la letra a un autor, y, por lo tanto, sin sentido- “demasiado concienzudo”, pero quizá también demasiado cobarde y blandengue, como para querer comprender rectamente.

La cristiandad ha abolido el cristianismo, sin darse propiamente cuenta ; la consecuencia es, si ha de hacerse algo, que se debe intentar nuevamente introducir el cristianismo en la cristiandad.



EL INVITANTE

El que invita es, consiguientemente, Jesucristo el humillado, y es El quien ha dicho aquellas palabras de la invitación. No es desde la majestad desde donde las dice. Si fuese esta la relación, entonces el cristianismo sería paganismo y Cristo profanado; por lo cual es también falso que así sea. Si fuese así, que Aquel que está entronado en majestad dijera estas palabras: venid acá, de suerte que fuese tan fácil echarse en los brazos de la

majestad -¡entonces qué milagro habría en que viniera una multitud! Los que corriesen de este modo lo harían con una fatiga inútil, imaginándose que sabían quién es Cristo. Pero esto nadie lo sabe; y para creer en El ha de empezarse con la humillación.

El que invita, Aquél que dice las palabras, por lo tanto Aquél cuyas son estas palabras -mientras las mismas palabras en la boca de otro serían ciertamente una falsedad histórica-, es el humillado Jesucristo, el hombre insignificante, nacido de una Virgen despreciada, de padre carpintero, en parentesco con algunas otras personas sencillas de la ínfima clase, el hombre insignificante que por añadidura -lo que es exactamente como echar aceite en el fuego-, dijo de sí mismo que era Dios.

Es, pues, el humillado Jesucristo el que dijo aquellas palabras. Y no tienes derecho a apropiarte ninguna palabra de Cristo, ni siquiera una sola, no tienes la menor parte en El, ni la mínima sociedad con El, si es que no has llegado a ser tan contemporáneo con El en su humillación, que prestaras plena atención, como los contemporáneos, a su advertencia: ¡bienaventurado aquél que no se escandalizare de mí! No tienes derecho a tomar las palabras de Cristo a otra parte y engañarle de lejos; no tienes derecho a tomar las palabras de Cristo y convertirle fantásticamente en algo otro con la ayuda de la verborrea de la historia, que cuando platica acerca de El no tiene ni idea de lo que habla.

Es, pues, el humillado Jesucristo el que habla; es históricamente verdadero que El ha pronunciado estas palabras; pero tan pronto como se cambia su histórica realidad empieza a ser falso que estas palabras hayan sido dichas por El.

Por lo tanto el hombre insignificante, pobre, con doce cuitados discípulos de la clase más sencilla del pueblo, durante un tiempo objeto de la curiosidad, pero más tarde solamente en compañía con los pecadores, aduaneros, leprosos, de cortas luces; pues se jugaba honor, vida y bienes, y en todo caso (sabemos que ciertamente estaba determinado) la expulsión de la sinagoga, con sólo dejarse- ayudar de El -venid ahora acá todos los que estáis

atribulados y cargados! - ¡Oh, amigo mío!, si tú fueras sordo y ciego y cojo y leproso, etc., etc.; si tú -lo que jamás fue oído o visto- unieras todas las desgracias humanas en tu desgracia -.y aunque El te fuese a ayudar con un milagro-: Verdad que era posible, no obstante, que tú (y esto es lo humano) temieses más que todos estos padecimientos el castigo que estaba

impuesto por dejarse ayudar de El?, el castigo de quedar excluido de la comunidad con los demás hombres, ser mofado y burlado día tras día, quizá hasta perder la vida. Era humano (y esto es lo humano) que pensaras algo parecido a esto: no, muchas gracias, en ese caso prefiero, sin embargo, quedar sordo y ciego, etc. antes que ser ayudado de esta manera.

“¡Venid, venid, todos, todos los que estáis atribulados y cargados, oh, venid, ved que El os invita, que El abre sus brazos!” “¡Oh, cuando un hombre elegante, vestido de seda, dice esto con una voz agradable, sonora, que las deliciosas bóvedas rebotan de una manera encantadora, un hombre de seda, que da honor y prestigio el solo hecho de oírlo! ¡Oh, cuando un rey vestido de púrpura y terciopelo dice esto, con el árbol de Navidad al fondo, del que penden espléndidos objetos, que aquél piensa repartir! ¿No es verdad, desde luego, que esto tiene sentido? Pero sea cual fuera el sentido que tú le des, es seguro que esto no es cristianismo, es precisamente lo contrario, opuesto al cristianismo hasta más no poder; ¡pues acuérdate de quién invita!

Y así fórmate tu juicio -pues a eso tienes derecho-; por el contrario los hombres no tienen propiamente .derecho, lo que con tanta frecuencia ejercitan, de engañarse a sí mismos. Que un hombre con esa apariencia, un hombre, cuya compañía huye todo el mundo, que todavía tiene una poca prudencia en el seso, un poco siquiera que

perder en la tierra, que él -sí, esto es lo más absurdo y necio de todo, y no se sabe si llorar o reír- que él -sí, ésta es indudablemente la palabra que menos cabría esperar de él (pues si hubiera dicho: venid y ayudadme; o : dejadme en paz; o : perdonadme; o con soberbia: os desprecio a todos -esto sería comprensible- que él diga: ¡venid a mí! No creo que tenga mucho de invitante. Y, además: todos vosotros los que estáis atribulados y cargados - como si no tuvieran tales hombres bastantes desgracias que llevar a costas que, por añadidura, tuviesen que cargar con todas las consecuencias de mezclarse con él. Y como broche: que yo os aliviare ¡Lo que faltaba! ¡El desea ayudarlos! Y diría: incluso el más amable burlón, que hubiese vivido en su tiempo junto a él, tendría que exclamar: “éste es el último enredo que cabía esperar de él - pretender ayudar a los demás, estando en tal estado. Es lo mismo que si un mendigo denunciase a la policía que le habían robado. Ya que está en contradicción que quien no posee ni ha poseído nada denuncie a la policía que le han robado, como lo está el querer ayudar a otros cuando uno mismo necesita el que más la ayuda”. Indudablemente, en términos humanos, es la más desatinada contradicción que Aquél que no tiene literalmente donde reclinar la cabeza -aquel hombre sobre el cual se dijo humanamente con toda la razón: “¡mirad qué hombre! -, diga: Venid a mí todos los que sufrís, que yo os aliviare!

Pruébate a ti mismo -pues a esto sí que tienes derecho, a probarte a ti mismo-; por el contrario no tienes propiamente derecho, sin probarte a ti mismo, para dejarte embaucar por “los demás” ni por ti mismo sobre el hecho de que eres cristiano. Pruébate, pues, a ti mismo: ¿ Qué pasaría si tú vivieras contemporáneo con El? Es verdad que El -¡ah, El!- dijo que era Dios. Esto mismo ya lo han dicho muchos locos, y toda la contemporaneidad sentenció: “blasfema de Dios”. Sí, por eso mismo se establecieron castigos para quien se dejase ayudar por El, el celo de las almas que siempre brilla en lo establecido y en la opinión pública se ejercitaba en apartar de tal descarrío: ¡se le persiguió tanto por temor de Dios! Antes de que alguien se decida a dejarse ayudar por El, ha de pensar que no solamente le aguarda la oposición de los hombres, sino, sobre todo, ha de pensar a fondo, aunque por lo demás se sintiera valiente para afrontar todas las consecuencias de este paso, que el castigo de las personas coincide aquí con el castigo de Dios que amenaza al que blasfema de Dios - ¡al que invita!

¡Ahora venid acá todos los que estéis atribulados y cargados! ¿No es cierto que no hay por qué precipitarse en seguir la invitación? Que es oportuna una pequeña parada, que de perlas se aprovecha para tirar por otra calle? Y si tú, en el caso de haber sido contemporáneo, no te echases así por las buenas por otra calle, ni te avinieses a ser en la cristiandad un cristiano de tantos: entonces existe una parada terrible, la parada que es condición para que la fe pueda surgir: quedas parado en la posibilidad del escándalo. Mas para hacerte totalmente claro y presente que la parada depende ‘de quien invita, que El que invita frena y hace que el seguir la invitación no sea la cosa más sencilla. de todas -sino un asunto peculiarísimo porque no se tiene derecho a tomar la invitación aparte, pues hay que tomar simultáneamente a quien invita-, debo brevemente considerar su vida en dos secciones que entrañan una diferencia, aunque, no obstante, ambas pertenecen esencialmente a la determinación: la humillación, ya que para Dios es siempre una humillación hacerse hombre, aunque fuese éste el rey de reyes, y no se humilla esencialmente más por el hecho de ser un hombre pobre, insignificante, burlado y, según añade la Escritura, escupido.

A

Primera sección de su vida.

Y hablemos ahora sobre El sin ningún embarazo, exactamente como los contemporáneos hablaron de El, y como se habla de un contemporáneo, un hombre como todos los demás, a quien se ve en la calle de paso, de quien se sabe dónde habita, en qué piso, quién es, de qué vive, quiénes son sus padres, sus parientes, qué tipo

tiene y cómo viste, con quiénes alterna; “y no hay nada de extraordinario que ver en él, aparece como todos los demás”, en una palabra, como se habla de un contemporáneo respecto del cual no se hacen importantes circunloquios; ya que en la situación de la contemporaneidad con estos miles y miles de hombres reales no puede hacerse así sitio para una diferencia, como, por ejemplo, entre uno que quizá sea recordado; por los siglos y otro que es un dependiente efectivo “tan bueno como el que más”. -Por lo tanto hablemos de El como los contemporáneos hablan de un contemporáneo. Yo sé muy bien lo que me hago; y créemelo, la instruida, amaestrada, negligente y mundial-histórica costumbre, en fuerza de la cual se habla siempre acerca de Cristo con cierto respeto, ya que precisamente por la historia se ha conseguido saber y se ha oído tantísimo acerca de El, que así ha tenido que ser sencillamente algo colosal - este respeto, créemelo, no vale un céntimo, es insensatez, misticismo falso, a la par que es una blasfemia ; puesto que es blasfemia tener un respeto irreflexivo por Aquél en quien, se ha de creer o escandalizarse.

Es el humillado Jesucristo, un hombre insignificante, nacido de una Virgen despreciada, su padre un carpintero. Ciertamente aparece bajo unas relaciones que tienen que atraer la atención de una manera especial sobre El. El pequeño pueblo en que aparece, el pueblo escogido de Dios según se llama a sí mismo, espera un Mesías, que traerá una época dorada para el país y sus habitantes. Esto se entiende, la figura bajo la cual El se presenta no puede ser más distinta de lo que espera la mayoría. Pero responde más que ninguna a las antiguas promesas, con las cuales, sin embargo, se supone que está familiarizado el pueblo. Así se presenta; un precursor ha despertado la atención sobre El, y El mismo se la atrae decididamente con milagros y señales, de los que toda la gente habla - y El es el héroe del momento, por todas partes, esté de camino o permanencia, le acompaña un inmenso gentío. La sensación que suscita es enorme, todos los ojos están pendientes de El, todo lo que puede correr, e incluso lo que tiene que ir a rastras, ha de haber visto este milagro - y todos deben formarse un juicio, una opinión acerca de El, de suerte que los proveedores de opiniones y juicios casi tienen que cerrar las puertas, ya que la demanda es tan vertiginosa y las disputas muy encontradas. Sin embargo, El el taumaturgo, sigue siendo el hombre sencillo, que no tiene literalmente donde reclinar la cabeza. - Y no olvidemos: que las señales y milagros en la situación de la contemporaneidad contienen una elasticidad de repulsión o atracción muy distinta de esa apacible plática, apacibilísima, con que los párrocos se encienden generalmente al hablar de las señales y milagros - de hace 1.800 años. Señal y milagro en la situación de contemporaneidad es algo que acosa que de una manera altamente empachosa tener una opinión, algo que, cuando en la instancia actual no se esté dispuesto a creer, el ser contemporáneo con ello puede constituirse en objeto de desazón, porque le hace a uno la existencia demasiado severa, sobre todo a medida que sea más inteligente, desarrollado y culto. Es un asunto completamente serio en la situación de contemporáneo el tener que conceder que El realmente hace señales y milagros - cuando se le tiene a distancia, cuando el resultado de su vida le ayuda a uno en la fantasización, entonces puede uno imaginarse con toda facilidad que lo cree.

La muchedumbre, pues, está entusiasmada con El, lo sigue jubilosa, contempla las señales y los milagros, los que hace y los que no hace, contenta con la esperanza de que empezará la edad dorada cuando se convierta en rey. Pero la masa es rara mente consecuente con sus juicios; hoy juzga una cosa y mañana otra. El prudente y razonable en consecuencia no -participa sin más en ello. Veamos ahora lo que el prudente y razonable juzgará, en cuanto desaparezcan las impresiones de la sorpresa asombrosa.

El prudente y razonable tendría que decir: “Concedido que este hombre sea lo que manifiesta ser, lo extraordinario -pues lo de que fuera Dios no puedo tomarlo en cuenta sino es como exageración, que gustosamente le interpreto a la buena y, le perdono, con todo le reconozco como extraordinario, en palabras no me paro-, concedido, aunque tenga mis restricciones mentales y, en todo caso, suspendiendo mi juicio sobre el particular, que son milagros los que hace: ¿no es, sin embargo, un enigma inextricable el que este mismo

hombre pueda ser tan necio, tan duro de mollera, tan completamente carente del conocimiento de los hombres, tan débil, o tan presumido a la buena, o lo que quiera llamarse por el momento, que se conduzca de tal manera que casi imponga sus beneficios? En lugar de mantener, orgulloso y dominador, a los hombres subordinados a la mayor distancia posible, y aceptar sus cumplimientos cuando se dejara ver muy de tarde en tarde: lo que hace es estar accesible a todos, o, más exactamente,

ir a todos, alternar con todos, casi como si ser el extraordinario fuese lo mismo que ser el servidor de todo el mundo, como si ser extraordinario, lo que él mismo dijo que era, fuese el estar preocupado de si los hombres sacaban o no provecho de él, en una palabra, como si ser lo extraordinario consistiese en estar más preocupado que nadie. Para mí es inextricable todo lo que El desea, su propósito, su aspiración, sus opiniones. El, que con muchas afirmaciones sueltas -lo que no le negaré- revela la posesión de una mirada tan profunda en el corazón humano, debería saber, sin embargo, muy bien lo que yo con menos de la mitad de mi prudencia puedo predecirle, que por este camino no se llega a ninguna parte en este mundo - a menos que despreciando la prudencia no aspire honradamente a ser un tonto, o quizá, incluso, vaya tan lejos en la honradez que prefiera morir violentamente; pero si es esto lo que se quiere, es que se está loco de atar. Según queda dicho, como conocedor de los hombres debería saber muy bien que lo que se debe hacer es engañar a los hombres, y así dar a su engaño el resplandor de la beneficencia, que se hace a toda la raza humana. De este modo se cosechan todas las ventajas, incluso aquella cuyo placer es el más precioso de todos, la de ser llamado por los contemporáneos el benefactor del Género Humano - y cuando se esté en la tumba importará un bledo lo que la posteridad diga de uno. Pero entregarse del modo que El lo hace, no reservarse lo más mínimo, casi mendigar a los hombres que tomen sus beneficios: no, jamás se me ocurrirá decidirme por El. Y se entiende que El tampoco me invita a mí; pues El invita solamente a los que están atribulados y cargados”.

O: “Su vida es sin ningún género de duda una fantasía; y ésta es a la postre la expresión más suave que puede aplicarse, cuando se juzga así se es lo bastante benévolo como para olvidar completamente ese puro desatino de que El se tenga por Dios. Esto es fantástico. Así, a lo sumo, se pueden vivir dos años en la juventud. Pero El ya ha cumplido los 30 años. Y no es literalmente nada. Y, además, dentro de muy poco tiempo habrá perdido todo el aprecio y prestigio entre el pueblo - el único que hasta la fecha podría decirse que ha obtenido. Si se desea asegurar a la larga el favor del pueblo -y concedo que este es el partido más inseguro que pueda tomarse en general-, ha de comportarse de otra manera. No pasarán muchos meses antes que la masa se aburra de uno que le está así a su servicio; será considerado como un personaje condenado, una especie de mau vais sujet, que puede darse por contento con terminar sus días en un rincón apartado del mundo, olvidándolo y olvidado, a no ser que sea tan fantástico como para que, al permanecer en el mismo sitio, desee la muerte violenta, que es la consecuencia inevitable de permanecer en el sitio. ¿Qué ha hecho por su futuro? Nada. ¿Tiene algún empleo fijo? No. Solamente eso insignificante. ¿Cómo distraerá el tiempo cuando sea viejo, y con qué llenará las largas tardes del invierno, si ni siquiera sabe jugar a las cartas? El ha conseguido un poco el favor de la plebe - verdaderamente el más movedido de todos los bienes muebles, que en un abrir y cerrar de ojos se puede convertir en tremendo desfavor plebeyo. ¡Decidirme por El! no, muchas gracias, gracias a Dios no me he vuelto todavía loco.”

O: “Que haya algo extraordinario en este hombre no se puede seriamente poner en duda (con tal de que se reserve el propio derecho y el de la sana razón para abstenerse de todo juicio referente a su afirmación de que es Dios). Antes bien, podría uno enfadarse con la Providencia por haber confiado a tal hombre lo que le ha confiado, tal hombre que hace lo contrario de lo que él mismo dice: que no se debe arrojar las perlas a los puercos - porque esto terminará, con toda seguridad, con que ellos se revuelvan contra él y lo pisoteen. Cosa semejante puede esperarse siempre de los cerdos, por eso no debía esperarse de Aquél que está atento al particular el que haga lo contrario de lo que sabe no ha de hacerse. Ciertamente podría sustraérsele de una

manera prestidigitadora su sabiduría -pues el pensamiento propísimo que parece tener en tanto aprecio, de que El es Dios, se lo dejo con sumo gusto en su exclusiva propiedad-, podría, digo, sustraérsele su sabiduría - ¡sin hacerse uno su discípulo! Podría uno escurrirse hasta El en la noche y sustraérsela - ya que para redactar y editar lo mismo no soy hombre bastante, y tendría que serlo de una forma muy distinta. De ello tiene que salir, para asombro de todo el mundo, algo completamente nuevo, ¡eso lo garantizo! Yo mismo veo con claridad que lo que El dice cala excepcionalmente profundo, la desgracia está en que El es quien es. Pero quizá, quién sabe, quizá se dispone todo al fin de manera que se le pueda sonsacar, quizá, a este respecto, sea El de nuevo lo bastante bonachonamente loco como para comunicarse de un modo completamente abierto. Esto no sería imposible; porque me parece que la sabiduría, que evidentemente posee, al confiársele a El, ha sido confiada a un loco: una tal contradicción es su existencia. - Pero decidirme por El, ser su discípulo, no, eso sería caer uno mismo en la locura.”

O: “Si lo que quiere este hombre -lo que, sin embargo, dejo en tela de juicio- es lo bueno y verdadero, entonces por lo menos sería útil en cuanto cabe, particularmente para con los adolescentes y la inexperta juventud a la cual ello le es tan provechoso a causa de la seriedad de la vida, que se diese cuenta cuanto antes y cuanto más a fondo mejor de esta seriedad; El patentiza, incluso para los de más cortos alcances, que toda esa grandilocuencia para que se viva por lo bueno y verdadero contiene en sí misma una significativa adición de cosa grotesca; demuestra con qué acierto y previsión obran los poetas de nuestro tiempo al encarnar siempre lo bueno y verdadero en un personaje medio tonto, o en otro que sea ron duro de mollera que resista un portazo en la frente sin inmutarse. Pero esforzarse de la manera que lo hace este hombre, renunciar a todo, menos a la incomodidad y al trabajo, estar a disposición a todas las horas del día y más solícito que el médico más atareado - y por qué?

¿Acaso se asegura así su peculio? No, de ninguna manera, por lo que se echa de ver jamás se le ha ocurrido el afán de tener algo. ¿Obra así porque gana dinero? No, ni siquiera cuatro ochavos - no posee cuatro ochavos, y si los poseyera en seguida los daría suelta. ¿Lo hace para conseguir honor y prestigio en el Estado? Todo lo contrario, huye toda mundana estimación. Y el caso es que quien rehusa insobornablemente toda mundana estimación y ejercita el arte del vivir de nada, quien como nadie parece haber sido destinado a llevar una vida en el más delicioso farniente (lo que en sí y por sí mismo tendría pleno sentido): es cabalmente Aquél que vive más esforzado que ningún funcionario público que cosecha honor y estimación a montones, más esforzado que ningún comerciante que gana dinero a pasto. Entonces, ¿por qué se esfuerza de esa manera?, o mejor digamos (pues ¿a qué viene esa pregunta acerca de lo que no admite pregunta alguna?): esforzarse de esta manera para alcanzar la alegría de verse ridiculizado y burlado, etc. es en verdad una forma, muy peculiar de divertirse. Se comprende que uno se abra paso como sea entre la multitud para llegar a aquel lugar donde se reparten dinero, honores y loores. Pero que uno se abra paso hacia adelante para ser azotado: ¡qué sublime, qué cristiano, qué tonto!”

O: “Se están oyendo acerca de este hombre demasiados juicios precipitados de quienes no comprenden nada -y le idolatran-, y demasiados juicios desabridos de quienes quizá -esto también puede ser verdad- le comprenden mal; en cambio a mí no se me podrá echar en cara con razón ningún juicio precipitado; me mantengo plenamente frío y sereno, es más, estoy convencido de ser conciliador y moderado con él todo lo que se puede ser. Así pues, sea que incluso la razón queda impresionada a causa de este hombre - lo que, sin embargo, concedo solamente, hasta cierto grado. ¿Qué se debe juzgar de él ahora? El juicio será: por lo pronto no puedo formar ninguna opinión sobre él. Y esta abstención no es relativa a que El diga que es Dios, pues sobre este; particular no podré formar opinión por los siglos de los siglos; no me refiero a él considerado en cuanto hombre. Será el resultado de su vida el que podrá primeramente decidir si era en realidad lo extraordinario, o si, engañado por su fuerza imaginativa, ha apuntado una meta demasiado alta, no solamente para sí mismo, sino en general para el ser-hombre. Con mi mejor voluntad no puedo otorgarle más; si fuese mi único amigo, mi hijo único, no podría

juzgarlo con mayor suavidad, ni tampoco de otra manera. Mas de ello se deduce muy probablemente, que por buenas razones no pueda llegar a formar un juicio sobre él. Pues para formarlo debería contemplar primero el resultado de su vida, y hasta de lo último de la misma, es decir, hasta que muera. Entonces podré, quizá, solamente quizá, formar un juicio sobre él; y esto concedido, no será sino en sentido impropio un juicio sobre él, porque ciertamente ya habrá muerto. De lo que se sigue de suyo, que es imposible me decida por él, mientras viva. Para mí no puede encerrar un significado decisivo la autoridad que dice enseñar, se ve sin esfuerzo alguno que se mueve en un círculo, el de respaldarse en lo que ha de demostrar, lo cual, a su vez, solamente podrá ser demostrado por el resultado, y esto mientras sus alegaciones no vengán mezcladas estrechamente con su conocida idea fija, la de que es Dios; pues si es por eso que El tiene autoridad, porque es Dios, no cabe otra respuesta que: sí - ¡sí... ! . Todo lo más, consiguientemente, que podría concederle, si me imaginara viviendo en una generación posterior, y con tal de que entonces lo hubieran puesto en claro el resultado de su vida y sus consecuencias en la historia, es, que era lo extraordinario: entonces no estaría lejos, no faltaría mucho, ¡un tris! , para que yo fuese su discípulo.”

El clérigo tendría que decir: “Para ser un embaucador y seductor del pueblo hay propiamente en él algo desacostumbradamente honrado, por lo cual no podrá llegar a ser tan absolutamente peligroso; si aparece realmente peligroso, solamente lo será mientras dure el chaparrón, si aparece tan peligroso con su popularidad, solamente lo será mientras dure la ventolera, y el pueblo -precisamente el pueblo lo abata de nuevo. Lo honrado en él consiste en querer mostrarse como el esperado y parecersele tan poco como él lo hace -esto es honrado, exactamente como si uno editase billetes falsos y los hiciese tan malos que cualquiera un poco entendido pudiese darse cuenta inmediata-. Es verdad que todos esperamos un prometido, pero que Dios mismo tuviese que venir en persona no es ninguna espera razonable, y cualquiera alma religiosa se espanta de la burla de Dios que este hombre comete. Sin embargo, estamos esperando un prometido, en esto todos estamos de acuerdo. Pero el gobierno del mundo no avanza tumultuosamente, la evolución del mundo no es -lo que ya la palabra evolución expresa por sí misma- revolutionair, sino evolutionair. Por lo tanto el verdadero Mesías ha de aparecer de una manera completamente distinta, ha de venir como el florecimiento más espléndido de lo establecido, como su más arrollador despliegue. De esta manera vendrá el verdadero Mesías, y se comportará de una manera completamente distinta; reconocerá lo establecido como instancia, convocará a una asamblea a todo el sacerdocio, le propondrá su resultado como cartas credenciales y así, si en votación consigue la mayoría, será recibido y vitoreado como el extraordinario, como lo que es: el Mesías.”

“Pero en la presentación de este hombre se da una duplicidad; tiene demasiado de un juez; es como si a la par quisiera ser juez, que juzga lo establecido, y con todo ser también el prometido. Si no desea lo primero, ¿a qué viene su absoluto aislamiento, su alejarse .de todo lo que se llama lo establecido? Si no desea ser juez, ¿a qué viene su fantástica fuga fuera de la realidad para dejarse acompañar de la plebe inculta, su revolucionario menosprecio altivo de toda la inteligencia y competencia de lo establecido para empezar totalmente sobre nuevas bases con ayuda de pescadores y artesanos, de forma que como Motto de toda su existencia en relación con lo establecido, cabe decir que es un niño ineducado? Si desea ser solamente el esperado, ¿qué objeto tiene el que repita que no hay que echar un remiendo nuevo en un vestido viejo -palabras que cabalmente son el grito de guerra de toda revolución-, lo que ciertamente entraña el no querer reconocer lo establecido, sino tenerlo lejos, en vez de decidirse por lo establecido, y si se es reformador mejorarlo, si se es el esperado desarrollarlo hasta lo sumo? Esta es una duplicidad, y no es realizable a la par el ser juez y ser el esperado; y esta duplicidad será su ruina, lo que por mi parte ya le tengo pronosticado. No es necesaria mucha imaginación para prever que la catástrofe de un juez es la muerte violenta; pero ocaso, por lo tanto deja de ser eo ipso el esperado, es decir, no es aquél que espera lo establecido para idolatrarlo. El pueblo no acierta a ver todavía esta duplicidad, ve en él al esperado, cosa imposible de ver para lo establecido, solamente posible para el pueblo, para la suelta y

disgregada masa, ya que es cualquier cosa menos lo establecido. En cuanto se descubra esta duplicidad estarán contados sus días. Desde luego, su precursor era una figura mucho más característica, era solamente una cosa: el juez. Pero ¿qué confusión y embrollo son esos de pretender ser ambas cosas a la vez, y qué confusión todavía más acentuada la de reconocer incluso al precursor por quien había de ejercitar el juicio, con la mira precisa, no obstante, de preparar el ánimo de lo establecido para que estuviera en plena forma de recibir al esperado, y también desear ser el esperado, el que sigue al precursor, y, sin embargo, no querer de esa manera decidirse por lo establecido?”

Y el filósofo tendría que decir: “Una tan pavorosa, o mejor dicho, tan insensata profanación, que un hombre particular pretenda ser Dios, no se ha oído jamás hasta ahora; una forma forzada hasta tal extremo de la pura subjetividad y de la mera negación como ésta no se ha visto nunca. El no posee ninguna doctrina, ningún sistema, en el fondo no sabe nada, solamente una que otra expresión aforística, algunas sentencias y un par de parábolas, que repite o varía sin cesar, con lo cual enciega a la masa, para la que también hace señales y milagros, de manera que ésta en vez de conseguir saber alguna doctrina verdadera termina por creer en él, que con la máxima

fatalidad urge a cada uno constantemente su subjetividad. Ni en él ni en lo que dice hay nada de objetivo o positivo; por lo tanto no es necesario que lo maten, pues, philosophice, está bien muerto, ciertamente la determinación de la pura subjetividad es sucumbir. Se puede conceder que es una curiosa subjetividad, que en cuanto maestro —dejemos por ahora que sea lo que sea de sus otras señales y milagros repite constantemente el milagro de los cinco panecillos: con auda de una poca lírica y algunos aforismos pone todo el país en movimiento. Aun cuando se eche de ver la locura de que diga ser Dios, hace falta no mucha formación filosófica para entender que es un error incomprendible significar que Dios en absoluto pueda revelarse en la figura de un hombre particular. La raza humana, lo universal, lo total es Dios; pero la raza no es en modo alguno un individuo particular. Que determinado individuo quiera ser algo es en general la arrogancia que radica en la subjetividad; pero se entiende que es una insensatez el ser Dios. Si fuera posible esta insensatez, que un hombre singular era Dios, habría por consiguiente que adorar a este hombre individuo; no se puede pensar una mayor bestialidad filosófica.”

El político prudente tendría que decir: “No se puede negar que por el momento este hombre es un poder - prescindiendo, naturalmente, del espejismo que padece, el de que sea Dios. Cosa semejante se tacha de un plumazo una vez por todas, calificándola de antojo privado, que no hay por qué tocar ni que a nadie importa, y menos que a nadie a un político. Un político sólo atiende a si un hombre tiene poder, y que él en este momento es un poder, no se puede negar, según se ha dicho. Pero lo que quiere, lo que busca, está bastante reñido con la prudencia; si esto es prudencia, tiene que serlo de una especie totalmente distinta y nueva, no muy desemejante de lo que en otros casos se llama locura. Posee fuerzas considerables; pero parece que las aniquila en vez de emplearlas, las dilapida sin conseguir nada en recompensa. Yo lo considero como un fenómeno, con el cual y esto no se hace jamás con un fenómeno- es prudente no relacionarse, ya que es completamente imposible calificarlo o pronosticar la catástrofe de su vida. Es posible que llegue a ser rey, es posible - pero no es imposible, o mejor todavía, es cabalmente tan posible, que termine en el patíbulo. En todo su empeño le falta seriedad. Flota en el aire con un enorme desenvolvimiento de alas, nada más; no aterriza, no se sujeta a algo fijo - flota. ¿Lucha por el nacionalismo, o tiene en el pensamiento una revuelta comunista? Desea una república o una monarquía? Con o contra qué partido está, o quiere llevarse bien con todos los partidos, o quiere romper con todos los partidos? Relacionarme yo con él - de ninguna manera, sería lo último, es más, tomo todas las reglas de la precaución contra él. Me mantengo plenamente tranquilo, no me ocupo de nada, no tengo ninguna vela en esa procesión; porque ni siquiera se puede calcular cómo él podría intervenir perturbadoramente o arremolinarlo a uno, por poquísimos que uno se ocupase con sus cosas. Este hombre es peligroso, en cierto

sentido tremendamente peligroso. Pero mi plan es mantenerlo sujeto, precisamente no tomando parte en nada suyo. Pues se le ha de derrocar - y lo más seguramente desde sí mismo, haciéndolo resbalar sobre sí mismo; yo no poseo, y menos que nunca en este momento, las fuerzas requeridas para derrocarlo, ni conozco a nadie que las tenga. Hacer ahora lo más mínimo contra él equivaldría a quedar uno mismo hecho polvo. No, solamente una constante oposición negativa, sencillamente nada, hasta que él mismo se embrolle probablemente en las tremendas consecuencias que arrastra en pos de sí, se pise la cola -y caiga.”

Y el reposado burgués tendría que decir -juicio en que comulgaría toda la familia-: “No, que nos dejen ser hombres, con medida todo es bueno, demasiado poco o demasiado lo echa a perder todo, y como dice un refrán francés, que oí en cierta ocasión a un viajante: el que mucho abarca, poco aprieta - y ¿qué de este hombre?. Su ruina es ciertamente segura. También he tomado a mi hijo por mi cuenta, le he advertido y hecho presente que no se me vaya y meta por caminos ilusos, y no se junte con este hombre - y ¿por qué?. Porque todos corren tras él. Sí, ¿quiénes son todos éstos? Gente frívola y ociosa, callejera y ambulante, a los que les está de perlas el andar correteando. Por el contrario no le sigue casi ninguno de los comerciantes y propietarios y ninguno de los prudentes y prestigiosos -por cuyo reloj pongo siempre el mío en hora-, absolutamente ninguno, ni el consejero de comercio Jeppesen, ni el consejero áulico Marcos, ni el acaudalado agente Cristóbal, no, toda esta gente sabe muy bien quién es cada cual. Y si miramos a los sacerdotes, éstos -que son los que más deben saber de estas cosas- les están agradecidos a aquéllos. Cabalmente el Pastor Bosqueverde dijo ayer tarde en el club: “el final de esta vida es espantoso”; y este tío sabe más que predicar, no hay que oírle los domingos en la iglesia, sino los lunes en el club, me daría por muy contento con la mitad de su sabiduría mundana. Sus palabras exactas -como si hubieran sido sacadas de mi propio corazón- fueron: “solamente son los frívolos y los ociosos los que le siguen”. Y ¿por qué correr, en pos de él? Porque logra hacer algunos milagros. Mas ¿quién nos asegura que son milagros, o que puede otorgar el mismo poder a sus discípulos? En todo caso, un milagro es algo altamente incierto, y sólo lo cierto es lo cierto. Cualquier padre serio que tiene hijos crecidos ha de estar realmente preocupado para que no se dejen seducir y embaucar, ni traben relaciones con él y toda la camarilla de hombres desesperados que le escoltan, hombres desesperados que no tienen nada que echar a perder. E incluso a éstos ¿cómo los ayuda? Hay que estar muy loco para dejarse ayudar de esta manera; incluso respecto del más pobre de los mendigos se puede afirmar que le ayuda a caer, le ayuda a una nueva desgracia, que el mendigo podría, haber evitado permaneciendo lo que era, simplemente un mendigo.”

Y el burlón -no al que todos desprecian por su maldad sarcástica, sino al que todos admiran por su gracia y, consiguientemente, amado porque es un bonazo- tendría que decir: “En el fondo es una ocurrencia que no se puede pagar con nada, que nos debería de caer a todos de perlas, esa de que un hombre particular, ni más ni menos como todos nosotros, diga que es Dios. Si esto no es hacer bien a los hombres, entonces no sé yo lo que es hacer el bien y la beneficencia. Si se supone que el distintivo de que se es Dios consiste -sí, ¿a quién de los mortales se le podría haber ocurrido esta idea? ¿Cuánta verdad es que idea semejante no ha podido nacer en ningún corazón de hombre?- en aparecer completamente como los demás, más o menos: entonces todos somos dioses. Quod erat demonstrandum. ¡Viva el descubridor de este tan extraordinario invento para los hombres! Mañana daré a conocer que yo, el infrascrito, soy Dios -y el descubridor sin duda no podrá negarlo sin contradecirse a sí mismo. En la oscuridad todos los gatos son pardos- y si ser Dios es aparecer como cada quisque, total y plenamente como los demás, entonces hay oscuridad y somos todos..., ¿qué iba a decir?, somos todos, cada uno por sí: Dios, sin que nadie - ¡por Dios!- Gleba figurar detrás de otro. Esto es lo más cómico que se pueda pensar; la contradicción -en la que radica lo cómico- es supina, pero el mérito no es mío, sino única y exclusivamente del descubridor: la contradicción de que un hombre completamente como los demás, solamente que no tan bien vestido como el término medio de los ciudadanos, es decir, un hombre estrafalariamente vestido a quien le iría estupendamente un asilo de la caridad (al menos mucho más estupendo que colocarse bajo la

etiqueta: Dios - sea Dios. En el fondo lo peor será para el señor Director de las instituciones caritativas, porque no ascenderá nada en el escalafón con este avance general de todo el Género Humano.”

¡Oh, amigo mío!, yo sé muy bien lo que me hago, conozco mi responsabilidad y mi alma está eternamente convencida de la rectitud de lo hecho. Piénsate, pues, ahora, contemporáneo con El, con el que invita. Piensa que eras uno de los que sufrían, - pero piensa a lo que te expones si te haces su discípulo, si le sigues. Te expones absolutamente a perderlo todo a los ojos de los prudentes, los razonables y los encumbrados. El que invita te exige que renuncies a toda, que lo abandones todo - mas la coexistente madurez mental de los contemporáneos no te dejará ni a sol ni a sombra, porque juzga que vincularse a El es una locura. Y la burla caerá despiadada sobre tus espaldas; mientras aquélla casi le perdona a El por conmiseración, juzga que la locura más de atar de todas es la de hacerse su discípulo. “Pues, según ella dice, un fanático es un fanático, ya puede vivir como quiera; pero hacerse seriamente su discípulo es la locura de las locuras. Solamente se da una posibilidad permanente de ser más loco que un loco: la locura suma consiste en vincularse seriamente a un loco y tenerlo por sabio.” No digas que toda esta descripción es exagerada; tú sabes muy bien (solamente que quizá no has recapacitado atentamente hasta la fecha acerca de ello) que entre todos los encumbrados, los cultos y los intelectuales había uno que otro -quizá muchos, pero cuando no había riesgo- que por curiosidad se acercaban a El, pero sólo había uno, uno solo, que con seriedad le buscaba, y éste fue a Jesús - de noche. Y esto lo sabes tú muy bien, de noche se va por los caminos prohibidos, se escoge la noche cuando se va a un sitio adonde no se quiere que se sepa que se ha ido - medita, qué juicio acerca del que invita encierra todo esto que ir a El era una deshonra, algo que no podía ser descubierto en el caso de todo hombre bien visto, de honor, tanto menos como el hecho de ir a lo que también se oculta con toda seguridad por la noche - pero no, no me agrada en absoluto exponer lo que iba a seguir a ese “tanto menos como”. Venid ahora todos a mí, los que estáis atribulados y cargados que yo os aliviaré.

B

Segunda sección de su vida.

Ahora le ha acontecido según todos los prudentes e inteligentes, los políticos y burgueses, los satíricos, etc. predijeron. Y según se dijo más tarde burlescamente en un momento en que hasta el más duro tendría que haberse movido a compasión y las mismas piedras hasta las lágrimas: “a otros salvó, sálvese ahora a sí mismo”; así han repetido ahora mil y mil veces miles y miles de hombres: “¿no dijo El en su tiempo que su hora todavía no había llegado? ¿No tendría que haber llegado quizá ahora?” - ¡ay!, mientras tanto aquel individuo, el creyente tenía que espantarse cada vez que lo meditaba, sin poder, no obstante, apartar los ojos petrificados de este abismo, humanamente hablando, de insensata insensatez: que Dios en figura humana, que esta doctrina, que estas señales y milagros, capaces de haber convertido a Sodoma y Gomorra de haber acontecido allí, provocaban en realidad cabalmente lo contrario, que el Maestro era rehusado, odiado, despreciado.

Quién es El realmente, se ve ahora con facilidad cuando los poderosos y encopetados y toda la oposición de lo establecido y de las reglas convencionales contra El han debilitado la primera representación que se tenía de El, y el pueblo ha perdido la paciencia de esperar, después que su vida, en vez de ir adelante en creciente espectacularidad, ha ido retrocediendo más y más en creciente degradación. Cualquiera sabe muy bien que se juzga a un hombre por la compañía que tiene - y ¿cuál es su compañía? Sí, su compañía podría caracterizarse como la hez expulsada de “la sociedad humana”, su compañía es la clase más baja del pueblo, todavía más, son los pecadores y cobradores de tributos a los que todo el mundo, por lo menos, huye para no perder su buen nombre y reputación, y un buen nombre y reputación es lo menos que se desearía asegurar en la vida -;

su compañía son, además, los leprosos, a los que todo el mundo huye; los dementes, que no despiertan más que pavor; los enfermos y desgraciados; pobreza y bajeza. Y quién es entonces El, que en esta procesión es todavía objeto de la enemiga de los poderosos? Es uno despreciado como embaucador, engañador y blasfemo. Si realmente alguno de los bien vistos no manifiesta su desprecio por El, ello acontece por una especie de conmiseración -pero temerle, es una cosa muy diferente. Así es, efectivamente, su presentación. Y sé cauto para que no te dejes influir, al juzgar, por algo que has logrado saber después, es decir, cómo su elevación, casi su divina majestad, jamás se mostró tan clara como en este momento preciso. ¡Oh, amigo mío! , si tú vivieras contemporáneo con alguien, que no solamente es un “expulsado de la sinagoga”, sino, recuérdalo, que el castigo que estaba determinado para quien se dejara ayudar por él era concretamente “la expulsión de la sinagoga” - por lo tanto, si tú vivieras contemporáneo con un tal tan despreciado, junto al cual todo se halla en congruencia consigo mismo -ya que toda cosa puede esclarecerse de dos maneras-: a duras penas hubiera sido tú el hombre que lo esclarece todo de manera distinta, o, lo que es lo mismo, el individuo, que nadie quiere ver, que ha de ser tenido por una extravagancia ridícula, quizá como un criminal. Y sus apóstoles? -que son ciertamente la parte principal de su compañía-. ¡Qué locura! , pero no: ¡qué nueva locura! , que está en plena congruencia con lo primero -sus apóstoles son unos pescadores, hombres ignorantes, que ayer pescaban sardinas - y mañana, para colmo pertinente y expreso de la locura, tendrán que ir por el mundo entero, para transformar la figura del mundo. Y ¡es El, quien dice ser Dios; y éstos son sus bien retribuidos apóstoles! ¿Dará El buen ver a los apóstoles, o son quizá los apóstoles los que crearán su prestigio? El que invita es un fanático iluso: la procesión lo comprueba; ningún poeta lo hubiera tramado mejor. Un maestro, un sabio, o lo que quiera llamársele, una especie de genio frustrado, que dice que es Dios en persona - rodeado del tropel de la plebe, que lo aclama, escoltado por algunos aduaneros, personas procesadas y leprosos; todavía más estrechamente vinculado a El su círculo escogido, los apóstoles. Y estos personajes tan competentes para juzgar lo que la verdad sea, estos pescadores, sastres y zapateros, no solamente admiran a su Maestro y Señor, cada palabra suya es sabiduría y verdad, no solamente ven, lo que ningún otro puede ver, la elevación y santidad; no, ellos ven en El a Dios y lo adoran. Ningún poeta podía tramarlo mejor, con tal de no olvidar el más que aquí se da, que toda esta ensambladura era la temida de los poderosos, que hacían planes para derrocarlo. Su muerte es lo único que los puede tranquilizar y dejarlos contentos. Han determinado ya castigos oprobiosos para los que se vinculen a El, incluso para los que meramente se dejen ayudar por El, y, no obstante, no pueden conseguir la paz, no pueden estar seguros de que todo ello no sea más que fanatismo y demencia. Esto les pasa a los poderosos. El pueblo, que lo idolatraba, el pueblo más o menos lo ha abandonado, solamente en uno que otro momento flamea la antigua representación; en toda su existencia de El no hay ni siquiera un adarme que el más envidioso de los envidiosos pudiera envidiarlo. Desde luego, que los poderosos tampoco le envidian esta vida que lleva, solamente morir tan lastimosamente buscan su muerte para propia seguridad, para estar nuevamente en paz, cuando todo vuelva a su primitivo estado, todavía más fijo con su ejemplo aleccionados. Estas son las dos secciones de su vida. Empezó con que el pueblo lo idolatraba, mientras todo lo que se llama lo establecido, lo que tenía algún poder e influencia, le fue metiendo con odio, pero cobarde y ocultamente, en la emboscada - ¿en la que sucumbió? Sí, pero El lo sabía todo muy bien. Finalmente, el pueblo descubrió que estaba equivocado acerca de El, que la plenitud que El traería no tenía que ver lo más mínimo con su esperanza de oro y bosques verdes. Así le volvió la espalda el pueblo, y los poderosos precipitaron la emboscada - ¿en la que cayó? Sí, pero El lo vio bien. Los poderosos precipitaron la emboscada - y entonces el pueblo, que se ve ahora con toda claridad engañado, entorna su odio; su amargura contra El. Y la conmiseración -para no dejar nada fuera- tendría que decir; o en la sociedad de los compasivos (pues la conmiseración es sociable, gusta de reunirse, y en la reunión con esta necia estrechez hay bellaquería y envidia, puesto que, como ya dejó anotado un pagano, ninguno está tan rápidamente inclinado a la conmiseración como el envidioso se diría lo siguiente: “Realmente le tiene a uno que doler lo de este pobre hombre, que ha de finiquitar de esta manera. En definitiva era un buen tipo. Claro que lo de pretender ser Dios era una exageración, pero dejemos eso; realmente, a pesar

de todo, era bueno con los pobres y los necesitados, aunque lo era de una forma muy peculiar, al hacerse todo y uno con los pobres y no salir de la compañía de los pordioseros. Pero, de todos mudos, había algo de conmovedor en ello, y no puede menos de dolerle a uno que este pobre hombre tenga que. Porque dígame ahora lo que se quiera y júzguesele con la dureza que se quiera: no puedo consentir que se le atormente, no soy tan duro de corazón, y no puedo menos de hacerle llegar, mi compasión.”

Estamos en la última sección, no de la historia sagrada, la suscrita por los apóstoles y discípulos, que creían en El, sino de la historia profanadora, que es la opuesta.

Venid ahora acá todos vosotros, los que estáis atribulados y cargados, es decir: sientes tú, aunque fueses el más desgraciado de todos los que sufren, sientes tú el deseo de ser ayudado de esta manera, es decir, hacia una todavía mayor desgracia; entonces ven, El te ayudará.



LA INVITACION Y EL QUE INVITA

Olvidemos por un momento, lo que es el escándalo en el sentido más riguroso, que el que invita dijo de si mismo que era Dios; supongamos que se manifestó meramente como un hombre y consideremos, bajo tal supuesto, al que invita y la invitación.

La invitación misma debiera ser lo suficientemente invitadora: - ¿cómo se explica entonces este desequilibrio en la realidad, esta tremenda relación invertida, de que nadie, o tanto como ninguno siguiera la invitación, que, por lo contrario, todos, tanto como todos (¡ay, y eran precisamente “todos” los que estaban invitados!) estuvieran de acuerdo en oponerse al que invita, en matarlo, e incluso imponer un castigo por dejarse ayudar de El? Cabría haber esperado que con una tal invitación se hubiesen volcado todos, todos los que sufrían, hacia ella, e incluso los que no sufrían, movidos por el pensamiento de tanta misericordia y compasión, de suerte que toda la humanidad estuviera de acuerdo en admirar y ensalzar al que invita. ¿Cómo se explica el hecho contrario? Ya que el que esto aconteció es ciertísimo, y el que aconteciera en aquella generación no significa en modo alguno que aquella generación era peor que las demás. ¿Quién caería en tal irreflexión?; cualquiera que tenga una poca inteligencia de la cosa, verá fácilmente que aconteció en aquella generación porque era contemporánea con El. Cómo se explica entonces que aconteciera esta espantosa inversión de lo que cabría haber esperado?.

De seguro que si el que invita; 1) hubiese aparentado la imagen que la puramente humana representación de la compasión desearía formarse, y 2) hubiese poseído la puramente humana representación de lo que la desgracia del hambre sea: de seguro que no habría acontecido.

En cuanto a lo primero: Para ello tendría que haber sido realmente un hombre condescendiente y amigo de hacer favores, además en posesión de todas las condiciones para poder ayudar temporal y terrenalmente, ennobleciendo esta ayuda con una profunda e íntima simpatía humana. Pero todavía tendría que ser el hombre estimado, no sin una cierta dosis de seguridad de sí mismo, lo que, a su vez, tendría como consecuencia que ni podría -y aunque esto solamente fuera con su sentimiento compasivo descender a todos los que sufren, ni tampoco poseer una idea clara sobre en qué consista la desgracia de un hombre y de la humanidad.

En cambio, la divina compasión, ese ilimitado desatender a lo que no sea solamente preocuparse por los que

sufren - ni siquiera un adarme por sí mismo, sino que con infinito desprendimiento se preocupa solamente por cada uno de los que sufren los hombres no pueden sino ver en esto una especie de demencia, sin que sepan concretamente si se ha de reír o llorar por ello. Aunque no hubiera mediado más que esto en el camino del que invita, hubiera sido lo bastante para que le fueran mal las cosas en el mundo.

Deja que un hombre ensaye nada más que un poco la imitación de la divina compasión, es decir, que sea compasivo sin apenas cautela, y verás en seguida por quién lo tendrán los hombres. Deja a uno, que estuviera en una situación privilegiada en la vida, déjalo que, mientras permanece en la diferencia de esa situación, dé mucho a los pobres, visite humanitariamente (esto es, distinguidamente a los pobres y enfermos y desgraciados, y no solamente esto, déjalo que, renunciando a su situación diversa, busque seriamente el alternar y vivir con los pobres e insignificantes del pueblo, obreros, peones, argamaseros, etc. ¡Oh!, quizá la mayoría, en un momento reposado, cuando no se le ve, se impresione con ese modo de conducirse que lleva; pero cuando lo ven en tal compañía y acompañamiento, él, que podía haber sido algo grande en el mundo, él caminando del brazo en magnífica compañía, con un albañil al derecho y un aprendiz de cepillería al izquierdo: entonces, ¿qué? Primero, harían mil aclaraciones; que vivía así por rareza y tiesura, por soberbia y vanagloria. Y aunque atrevidamente no le dedicasen estos improperios, no podrían, sin embargo, tolerar el verlo - en esa compañía. Incluso el mejor de los hombres, hablando en general, estaría tentado a la risa en el momento de verlo.

Y aunque todos los sacerdotes, ya estuvieran vestidos de terciopelo y seda, o de paño y bombasí, dijeran otra cosa, yo les diría: “Mentís, no hacéis más que engañar a las gentes con vuestras pláticas de domingo. Pues de seguro en la situación de la contemporaneidad será siempre posible que respecto de un tal compasivo, que también es conviviente, se afirme: me parece que todo esto es vanagloria, por eso me río y me burlo de él; desde luego, si él fuera el verdadero compasivo, o yo hubiese sido contemporáneo con aquel noble”. Y, ahora, por lo que respecta a aquellos gloriosos que, para hablar en términos de plática pastoral, “fueron incomprendidos, etc.” : ciertamente que ya han muerto. De esta manera podría tenerse éxito en el juego de la gallina ciega; en relación con cualquier contemporáneo, que se atreve a tanto, se supone que lo hace por vanagloria; y respecto de los muertos se supone que lo están y que, por consiguiente, eran gloriosos.

Sin embargo, no debe olvidarse que en relación a las diferencias de la vida cada uno se afianza en la suya; y es este punto fijo, este propósito, los que hacen que la compasión humana siempre lo sea meramente hasta un cierto grado. Los tenderos opinarán que el ser compasivo consiste en descender demasiado, en ir al asilo de los desamparados e igualarse con ellos; la compasión del tendero está enredada por una consideración, la consideración a los demás tenderos y a los embotelladores de cerveza. Por lo tanto su compasión no es totalmente ingenua. Y lo mismo sucede con cada profesión - los periodistas, que viven de los céntimos de la clase pobre bajo señuelo de que escriben y defienden sus derechos, serían los primeros en ridiculizar esta compasión ilimitada, tan pronto como apareciese un solo indicio de ella.

Igualarse literalmente con los -más desgraciados (y esto, solamente esto es divina compasión) es algo “demasiado” para los hombres, que conmovidamente lloran por ello en una tranquila hora dominical, e inevitablemente ríen a mandíbula batiente cuando se ve en la realidad. La cosa es demasiado sublime para que se pueda tolerar su espectáculo diario, y hay que ponerla a distancia para que sea tolerable. Los hombres no están tan familiarizados con lo sublime como se lo imaginan; la contradicción, pues, consiste en que esta sublimidad se encarna en la realidad, en la vida cotidiana, ni más ni menos que en la vida cotidiana. A los hombres les conmueve, cuando los poetas o los oradores los deslumbran con la descripción patente de esta sublimidad, es decir, cuando la describen a distancia poética de la realidad - pero ¡tener que verla en la realidad, en la realidad de la vida cotidiana, tener que ver esta sublimidad aquí en Copenhague, en el mercado de Amager, en medio

del ajetreo diario de los días de obra! Y cuando el poeta o el orador lo hacen, tampoco dura más que una hora; que es el tiempo preciso que puede durar la creencia de los hombres en esta sublimidad. Pero ¡tenerla que ver en la realidad cada día! : ¡Esta es ciertamente una tremenda contradicción que lo más sublime se haya hecho lo más cotidiano!

Por eso ya estaba decidido de antemano cuál había de ser el destino del que invita, aunque no hubiese habido otra cosa contribuyente a su ruina. Lo incondicionado, todo lo que se entrega a un ideal incondicionado es ea ipso una ofrenda. Pues los hombres desean también ejercitar la compasión y el sacrificio propio, aspiran también a la sabiduría etc.; pero con tal de que puedan ellos mismos definir el ideal, que tendrá que serlo hasta un cierto grado; no quieren derrocar todas estas virtudes nobles, al revés, lo que quieren -a buen precio- es en paz y gracia de Dios darse brillo y renombre con su ejercicio. La verdadera divina compasión es, consiguientemente, oblación incondicional, tan pronto como se muestra al mundo. Es por compasión a los hombres, y son los hombres los que la aplastan Y mientras camina entre ellos, el que sufre apenas se atreve a echarse en sus brazos por miedo a los hombres. La cosa es que el mundo pone mucho empeño en defender la apariencia de ser compasivo; la divina compasión evidencia ahora eso mismo como una falsedad: ergo hay que quitar del medio la divina compasión.

Pero el que invita era precisamente la divina compasión; por eso fue sacrificado, y por eso lo huían incluso los sufrientes; ellos comprendían (y, hablando humanamente, con plena exactitud) que la mayor desgracia humana admitía también que su mejor alivio era permanecer con todo en ella, antes que ser aliviado por El.

En cuanto a lo segundo. El que invita tenía, por otra parte, una idea completamente distinta de la humana acerca de lo que la desgracia de los hombres sea. Y estaba dispuesto a ayudar en esta dimensión; de lo contrario se hubiese provisto de dinero, comprimidos o cosas similares.

De este modo sucede que el que invita aparece de una manera muy distinta a la que la compasión humana se había figurado, con lo que El propiamente se convierte en escándalo. Humanamente hablando, es algo evidentemente cruel, que hace rebelarse, que provoca enorme exasperación, que podría explicar el placer de matar a este hombre: el que invite hacia sí a los pobres y enfermos y sufrientes, v así no poder hacer nada por ellos, sino, por contraste, prometerlos el perdón de los pecados. “Déjanos ser hombres. Un hombre no es ningún espíritu. Y cuando un hombre está cerca de morir de hambre, que tenga que oír: yo te anuncio el perdón gracioso de todos tus pecados, es algo que rebela. Propiamente es también ridículo, pero es demasiado serio como para reírse.”

Por tanto, el criterio del que invita es cabalmente (pues con las palabras citadas solamente queríamos dejar que el escándalo pusiese al aire la contradicción, exagerándola- nosotros no exageraríamos), que el pecado es la perdición del hombre. Advierte ahora, esto deja el sitio despejado; y el que invita despejaba ciertamente el sitio, casi como si hubiera dicho: procul, o procul esto profani, o como, en el caso de que no hubiera dicho eso, si se hubiese oído una voz que interpretaba así las palabras de la invitación “venid acá”. No quedan muchos sufrientes, que

sigan la invitación. Incluso tratándose de uno que, a pesar de saber que junto a este invitante no cabía esperar de suyo ninguna ayuda terrenal, no obstante, movido por su compasión, había buscado refugio en El; ése uno le huye también ahora. Es casi una superchería eso de venir en la figura de la compasión para hablar del pecado.

Sí, desde luego, es una superchería en el caso de que tú no estés convencido íntimamente de que eres un pecador. Si solamente es dolor de muelas lo que tienes, o es tu casa la que ha ardido, pero se te ha pasado lo de que tú eres un pecador, entonces es superchería. Es insidioso por parte del que invita el que diga: yo curo todas

